

Devociones populares

(celebradas por los hispanos)
(Breve diccionario)

Isaías A. Rodríguez

Publicado por la Oficina del Ministerio Hispano
Iglesia Episcopal
815 Second Avenue
New York, NY 10017
Desarrollo Congregacional Étnico

2005

Presentación

Presentamos hoy al público esta obra que sin duda alguna será bien recibida. No es raro que autores, de todas las confesiones religiosas y consagrados al ministerio hispano en nuestro país, cuando escriben, mencionen de alguna manera la religiosidad popular de nuestro pueblo. Algunos pastores, iniciados recientemente en el apostolado hispano, se muestran asombrados ante lo que a primera vista pudiera parecerles folclórico, carente en todo caso de fundamento bíblico y un tanto supersticioso. Otros por el contrario, se quedan admirados por la vistosidad de las devociones populares y por la indudable fe que el pueblo manifiesta en ellas. Todas éstas son primeras consideraciones dignas de ser tenidas en cuenta. Y no se debiera emitir ningún juicio crítico negativo de estas devociones populares sin un conocimiento previo profundo.

Se han llevado a cabo algunos intentos de presentar al público una descripción de estas devociones, originados especialmente por el MACC (Centro Cultural Mexicano Americano) de San Antonio, Texas, y por algunos autores como Virgilio P. Elizondo, Roberto Goizueta, Charles W. Dahm. Intentos en todo caso loables e informativos, pero era necesario un trabajo más detallado y completo. Un trabajo que ayudase al lector, y sin necesidad de tener que recurrir a otras fuentes para entender la devoción popular practicada por el pueblo latino.

Creo que el *Diccionario de devociones populares* que ahora presentamos al lector cubre con creces esa laguna. En él encontrará el lector suficiente información sobre la religiosidad popular. Puede que no halle aquí todo lo que deseara encontrar, pero sí lo más destacado. El propio autor manifiesta que no se trata de un trabajo exhaustivo, tampoco lo pretende, sino de un recurso práctico y útil que colmará suficientemente la curiosidad del lector.

Como en el pasado, estamos dispuestos a recibir cualquier tipo de sugerencia que contribuya a mejorar este recurso didáctico y pastoral.

Que Dios les bendiga,

El Autor

Introducción

El estudio de las **devociones populares** está de moda últimamente. Los investigadores recogen este tipo de costumbres para determinar sus orígenes y encontrar el significado profundo de las mismas. Saben que en ellas se esconde con frecuencia la mentalidad colectiva de los pueblos en su evolución vital. Por ejemplo, años de investigaciones históricas sobre la religión popular han llevado a los estudiosos a una renovación de su conocimiento sobre la cultura medieval.

Tales prácticas religiosas son producto de la religación que el ser humano siente con relación a la divinidad. La antropología, la etnología y el estudio de la historia de las religiones demuestran que el ser humano ha intuido de siempre que debe existir un ser superior, una fuerza trascendente que gobierna al mundo y que supera la capacidad limitada de las criaturas.

Frente a ese misterio superior se ha dado respuesta, a través de la Historia, de diferentes maneras, dando origen a las expresiones religiosas. De esas expresiones, unas han permanecido en las llamadas religiones “naturales”. Otras, andando el tiempo, culminaron en las llamadas “religiones mayores”. El ser inteligente moderno, consciente de sus avances tecnológicos, ha superado muchas viejas prácticas religiosas que rayaban en lo supersticioso. Más aún, a este ser humano tecnológico, orgulloso de sus logros, le cuesta, cada vez más, aceptar muchos dogmas que las grandes religiones han dado por sentados. Por ello, quiere purificar la práctica religiosa. En esto no hay ninguna contradicción con la enseñanza, podríamos decir, “oficial” de la Iglesia. Nadie desea mantener algo vacío de sentido religioso superior.

1. Acciones sacramentales

El Cristianismo, religión hija del judaísmo, continuó practicando muchas costumbres judías. En esto siguió el ejemplo del propio Jesucristo, que, según el relato de los evangelios, acudía a la sinagoga y al Templo, cumplía las leyes judías y realizaba por sí mismo otros gestos misteriosos que daban resultados admirables. Tocaba los ojos y los oídos de los enfermos, imponía las manos sobre niños y adultos, utilizaba el agua, el vino, el pan, e incluso el barro –como símbolos– para transmitir un mensaje superior. Algunas de aquellas prácticas, tras una reflexión teológica que duró siglos, culminaron en lo que hoy conocemos como *sacramentos*, y que –en lenguaje teológico– san Agustín definió como “*señales externas visibles de una gracia interna y espiritual*”. Santo Tomás de Aquino agregó que “*causan la gracia*” de lo que simbolizan. Los dos sacramentos más importantes son el bautismo y la eucaristía.

Además de los sacramentos, la Iglesia siempre ha reconocido ciertas acciones a las que ha llamado *sacramentales*, es decir, signos de carácter simbólico parecidos a los sacramentos. Ese término aparece por vez primera en el siglo XII cuando Pedro Lombardo sugirió que a ciertos ritos, como la catequesis y los exorcismos de los catecúmenos, se les debía llamar sacramentales. Como mencionamos en el párrafo anterior, algunas de estas prácticas pueden tener su origen en el mismo Jesucristo, pero otras se fueron formando poco a poco con el crecer diario del Cristianismo. Así, *La*

Tradición Apostólica del obispo Hipólito de Roma (215) se refiere a la ofrenda del aceite, del queso y de las aceitunas; en otro lugar habla de la bendición episcopal de la lámpara traída por el diácono; también da normas para la bendición de frutos, como la uva, los higos, las aceitunas. Algunos teólogos hablan de los sacramentales como subsidiarios de los sacramentos y que preparan los elementos necesarios para el culto, como la bendición del agua en el bautismo y el anillo en el matrimonio; otros sacramentales están relacionados con otras actividades que pueden cubrir casi toda trayectoria vital humana y se pueden adaptar a diferentes edades y culturas; entre ellas se mencionan la profesión solemne de un religioso/a, las rogativas, la bendición de estatuas, casas. También podrían incluirse costumbres hispanas como la quinceañera, las posadas, etc.

2. Devociones populares

Ahora bien, hay otras costumbres, fruto del encuentro entre la cultura y la religiosidad humana, que han dado en llamarse *devociones populares*, *piedad popular*, *religiosidad popular*. En ellas destaca la idiosincrasia de un pueblo. De hecho, el fenómeno que las distingue es la emotividad, el color, la música, la danza y toda una constelación de matices y detalles que hacen de esas prácticas una amalgama de cultura y religión, a veces no exentas de dificultad para entenderlas. Por todo ello, resulta complicado comprenderlas si nos acercamos a ellas con el bisturí de la inteligencia. No cabe duda que a veces esa religiosidad popular nos parece que raya en lo supersticioso, o incluso en lo ridículo, si nos fijamos en los calificativos que se suelen emplear. Así, se da culto a un Cristo llamado de las “ampollas”, “de la reja”, “de la sangre” y “de los pasos”. Pero, es precisamente en ese “calificativo” donde subyace parte de la propia historia que origina la devoción popular. Son prácticas que, en definitiva, manifiestan el alma de un pueblo, su cultura y forma de entender el mundo y, por ello, no se pueden descartar de un plumazo. Antes bien, hay que conservarlas, pero entendiéndolas desde una perspectiva moderna.

Todo ministro religioso debe acercarse a esta religiosidad con mucho respeto, porque encontrará gentes que no asisten nunca a la iglesia parroquial pero que, curiosamente, el día de su devoción preferida, sí estarán presentes. Sirviéndose de esa circunstancia se puede entablar un diálogo con el pueblo para que dé un paso adelante. Tratar de erradicar una devoción porque no encaja en nuestra mentalidad racionalista es perder el tiempo, ya que el devoto continuará –de una manera u otra– su costumbre, a escondidas o de otra forma. En el pasado, cuando la Iglesia optó por la represión y el saneamiento de conductas consideradas heterodoxas, se dieron fenómenos de enfrentamiento con el pueblo. Es preferible, a la vista de los hechos de antaño, adoptar una postura más constructiva y depurar en todo caso lo menos sano de tales prácticas. Hay que tener siempre presente que –por encima de la devoción popular– hay una continuidad en la experiencia religiosa coherente a una vivencia profunda que le dio origen.

En España se da el renombrado caso del Apóstol Santiago, hermano del Señor, y patrón de España (Ver **Santiago**). Una fe popular centenaria en el santo, basada probablemente en una leyenda, motivó a los fervorosos españoles a luchar, batalla tras batalla, contra el musulmán invasor. Sin esa fe profunda, puede que España –y parte de Europa– hoy fuera musulmana. Más aún, los españoles hubieran llevado al Continente de América una fe diferente a la que trajeron. En una palabra, de no ser por una devoción popular

fundamentada en una leyenda, el rumbo de la historia de Europa y la de América hubieran sido acaso muy diferentes.

El *Catecismo de la Iglesia Católica* romana en el número 1674 dice: “Además de la liturgia sacramental y de los sacramentales, la catequesis también tiene que tener en cuenta las formas de piedad y de devociones populares entre los fieles. El sentido religioso de la gente cristiana siempre ha encontrado expresión en varias formas de piedad rodeando la vida sacramental de la Iglesia, tales como la veneración de reliquias, visitas a los santuarios, peregrinaciones, procesiones, las estaciones de la cruz, danzas religiosas, el rosario, medallas, etc.”

El documento del Concilio Vaticano II (1962-65) sobre la liturgia, *Sacrosanctum Concilium*, se expresa de esta manera: “Se recomiendan encarecidamente los ejercicios piadosos del pueblo cristiano, con tal que sean conformes a las leyes y a las normas de la Iglesia (...) Gozan también de una dignidad especial las prácticas religiosas de las iglesias particulares que se celebran por mandato de los obispos, a tenor de las costumbres o de los libros legítimamente aprobados. Ahora bien, es preciso que estos mismos ejercicios se organicen teniendo en cuenta los tiempos litúrgicos, de modo que vayan de acuerdo con la sagrada liturgia, en cierto modo deriven de ella y a ella conduzcan al pueblo, ya que la liturgia, por su naturaleza, está muy por encima de ellos” (S.C.13).

El *Catecismo* recomienda también el sentido común en el uso y mantenimiento de estas devociones y, si es necesario, que se modifiquen para que reconduzcan siempre a los fieles a entender mejor el misterio de Cristo.

Es necesario aclarar que, entre las devociones populares quedan incluidas algunas sancionadas por la Iglesia (Vía Crucis, rosario, etc..) y otras, que siendo de origen esencialmente popular, no han sido reconocidas oficialmente pero que, sin embargo, se celebran en un acto litúrgico perfectamente válido. Sirva de ejemplo la devoción a una aparición que se celebra con oraciones, procesiones y otros actos litúrgicos de similar naturaleza. En la devoción de *El Cristo de los Milagros*, la verdadera devoción va dirigida a Cristo, aunque se realice bajo una circunstancia tal vez no reconocida oficialmente.

3. Origen de las devociones populares

Muchas devociones se pierden en la noche de los tiempos. Algunas pudieron haber tenido un origen milenario, incluso, anteriores al mismo Cristianismo –pensamos en la acción de gracias, cuando los niños cumplen tres años de edad. Así, el patriarca Abrahán dio gracias a Dios porque su hijo Isaac (a la edad de tres años) había superado el período difícil de la mortalidad infantil (Gn 21,1-8)–. Alguien pensó que esa era una práctica digna de ser repetida y conservada, y así surgió la costumbre de “presentar” los niños a los tres años.

No se sabe de ninguna devoción popular que enlace directamente con el ministerio de Jesús o de los Apóstoles. Sin embargo, algunas costumbres surgieron en los primeros años del Cristianismo, como el culto dado a las reliquias, a las cruces, a las imágenes de los santos, etc. El papa Gregorio Magno (540-604) fue un decidido promotor de la religiosidad popular. La época medieval constituyó un importante caldo de cultivo dando origen a innumerables leyendas que desembocaron en otras tantas devociones populares.

Con la llegada de los españoles al Nuevo Mundo se habría de producir toda una afloración de nuevas devociones populares adaptadas a la realidad del Continente. Resulta un fenómeno difícil de analizar en sus pormenores, pues en la nueva empresa misionera influirían varios factores llegados de la Península Ibérica. Se ha de tener en cuenta que –en contra de la opinión general y de los esfuerzos realizados por la Iglesia– incluso para el año 1580 aún no se había realizado a fondo la cristianización de toda España; las mentalidades mágicas seguían siendo dominantes frente a la idea de una uniformidad católica española. No hay que olvidar tampoco todas las corrientes judaizantes y árabes que yacían latentes en el pueblo ibérico tras siete siglos de presencia musulmana. Así, no es de extrañar que elementos religiosos indígenas mezclados con los provenientes de la propia España dieran lugar a costumbres sincretistas que germinarían en un sinnúmero de devociones. En esta nuestra sociedad norteamericana, llama la atención el dicho tan popular entre los hispanos “*mi casa es su casa*”, y en España “*ésta es su casa*”; resulta que, esa expresión tiene su origen en la cultura musulmana con la frase árabe “*Al-byt baytak*”. Valga este ejemplo para prevenirnos del hecho de negar otros casos que puedan tener un origen semejante.

Sin embargo, la empresa española habría de ser de cristianización y, por parte de muchos religiosos, la implantación de un Cristianismo puro.

La conquista del Imperio Azteca por Hernán Cortés tuvo lugar entre 1519 y 1521. Y, a pesar de su mala prensa, difundida bajo lo que se conoce como *leyenda negra*, no podemos dudar –según afirma el historiador belga *Van der Essen*– “que el objetivo primordial de las conquistas es la propagación de la fe católica”, no el robo ni el pillaje. En esa época, la Iglesia y la Corona caminaban de la mano y se mezclaban íntimamente la fe y la vida secular. Y en la mayoría de los casos no se podían diferenciar intereses políticos de un auténtico espíritu religioso.

Con esta misión evangelizadora arribó todo un ejército de misioneros franciscanos, dominicos, agustinos y jesuitas, así como también clero secular, quienes, en breve tiempo, transformaron los nuevos territorios en las más florecientes misiones cristianas. Veamos rápidamente lo que sucedió para el caso de México en pocos años, teniendo siempre presente que lo mismo se puede afirmar para otros países latinoamericanos.

Los primeros en llegar a México fueron los franciscanos que desembarcaron en Veracruz el 13 de mayo de 1524, en número de doce, por lo que esa expedición es conocida en la historia con la designación de los *Doce Apóstoles*. A su cabeza iba Martín de Valencia, llamado *Padre de la iglesia mexicana*; pero destacó igualmente fray Toribio de Benavente, conocido por el apodo de *Motolinia*, palabra indígena que significa *pobreza*, y que fue la primera que oyó a los naturales, admirados al ver la pobreza que revelaban los franciscanos. En 1528 el franciscano Pedro de Gante publicaba la primera gramática, a la par que surgían los primeros centros de beneficencia; y así los franciscanos fueron extendiéndose hacia Michoacán y Jalisco, Zacatecas y Durango. En el año 1542 eran ya 86 franciscanos y del fruto alcanzado hablan las cartas auténticas de Pedro de Gante y *Motolinia*, el primero de los cuales afirma que en 1529 se habían bautizado a más de 200.000 indígenas.

El 2 de julio de 1526 desembarcaron los dominicos. Eran también doce, dirigidos por otra de las grandes figuras de la iglesia mexicana, fray Domingo de Betanzos, el cual organizó inmediatamente un noviciado en México.

En 1533 llegó el grupo de los agustinos, bajo las órdenes de fray Francisco de la Cruz. Otro misionero famoso, fray Nicolás de Agreda, dirigía una nueva expedición en 1535, y en los años siguientes llegaban más apóstoles, entre los que destaca fray Alonso de la Veracruz. En 1548, la Orden agustiniana poseía ya cuarenta y seis monasterios, y a fines de siglo, dos provincias. Fr. Agustín de la Coruña y fray Juan de San Román fomentaron con gran éxito los trabajos entre los indios chilapas.

Los jesuitas vinieron el 28 de septiembre de 1572. Eran en conjunto quince. En 1576 fundaron un colegio en la capital, y desde un principio se dedicaron a la enseñanza y a las misiones. Poco después se añadían los colegios de Puebla, Guadalajara, Veracruz y otros. En 1580, los jesuitas tenían en México un total de 107 miembros, y en 1603 contaban ya con 345.

En 1582 los alcantarinos; en 1585 los carmelitas; y en 1589 los mercedarios. A todos éstos se fueron añadiendo otros de nuevas órdenes religiosas. (En esta información hemos seguido al ponderado historiador Ricardo García Villoslada, S.I.).

Estos primeros misioneros creían que entre los indígenas podría recuperarse la pureza del cristianismo, corrompido en Europa. El mundo indígena aparecía a los ojos de estos religiosos como la materia prima ideal para realizar las utopías soñadas en la vieja Europa. A la consecución de este fin ensayaron diversos métodos de evangelización, fundaron instituciones originales como respuesta concreta al problema de la evangelización del indígena. Se creía que el indígena debía ser el mejor instrumento para la conversión de los indios, preparándolo, incluso, para ejercer actividades sacerdotales. Así, la labor de los misioneros se centraba en la educación de los jóvenes indígenas para lanzarlos después a la aventura de conquistar su propio mundo. Se estudiaron y conservaron sus lenguas vernáculas, a las cuales se tradujeron los textos fundamentales del Cristianismo. En 1555 se celebró ya el Primer Concilio Mexicano.

De esta manera, la evangelización de los pueblos del Nuevo Continente dio lugar a una forma de religiosidad cristiana que se enriqueció tanto de los elementos llegados de España como de otros ya existentes entre los pueblos descubiertos. En contra de la visión negativa que algunos autores quieren imponer, al afirmar que los misioneros españoles rechazaron y prohibieron todas las costumbres religiosas existentes, lo cierto es que los misioneros emplearon, las más de las veces, una pedagogía inclusiva de culturización, por la cual aceptaban los elementos religiosos indígenas previos y les daban un enfoque cristiano. En este sentido tenemos muchas prácticas todavía vigentes, como el “*día de los muertos*”, “*la quinceañera*”, o la misma “*Virgen de Guadalupe*”.

Sobre todo, hemos de encomiar la energía creativa que los propios misioneros desplegaron para divulgar el mensaje bíblico. Conscientes de que los indios no podían leer –y mucho menos una Biblia escrita en latín– recurrieron a representaciones plásticas y dramáticas a las que los indígenas eran tan aficionados. Aparecieron entonces “las pastorelas”, “los belenes”, “las posadas”, “las procesiones con pasos e imágenes”, “los autos sacramentales”, “las representaciones dramáticas”. Algunas de las más famosas, fueron: “*La destrucción de Jerusalén*”, “*El sacrificio de Isaac*”, “*La caída de Adán y Eva*”, “*La adoración de los Reyes Magos*”, “*La tentación de Cristo*”, “*La predicación de San Francisco*”. También recurrieron a representaciones iconográficas de pasajes de la vida o pasión de Cristo, como: “*El Señor de la columna*”, “*El Cristo rey de burlas*”, “*Jesús Nazareno*”, “*Jesús muerto en la cruz*”, “*El santo entierro*”, “*La piedad*”. Muchas de estas representaciones son auténticas obras de arte que se pueden admirar en

las iglesias de los países latinoamericanos. Además, implantaron una vida cristiana medieval de devoción diaria, desde la mañana a la tarde, con misa y plegaria vespertina o rezo del rosario.

Una energía cristianizadora similar se desplegó en todas las empresas apostólicas llevadas a cabo en el Nuevo Continente, desde las islas del Caribe hasta la región de la Plata. Y fueron muchos los misioneros que destacaron creando infinidad de costumbres religiosas.

Tal vez la devoción más difundida por los misioneros y los colonizadores haya sido el amor a la Virgen, Madre de Jesús. Estos adelantados difusores del cristianismo, venían a este Continente entregados a la causa de María de una manera apasionada. Traían consigo gran variedad de imágenes marianas, entre ellas, y una de las más conocidas, la de la Inmaculada. La creación artística española en torno a esta advocación mariana fue muy abundante en el siglo XVII. La Escuela Sevillana proporcionó a la Iglesia el modelo acabado de la imagen de la Inmaculada inspirado en *Apocalipsis* 12,1, donde se lee: “*Una gran señal apareció en el cielo, una mujer vestida de sol, con la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas en la cabeza*”, y así es representada en algunos famosos cuadros de Murillo, El Greco, Francisco Pacheco, José de Ribera, Zurbarán y otros muchos; y en las imágenes talladas por Martínez Montañés, Alonso Cano y Pedro Mena, entre otros escultores españoles.

Durante la misión colonial, se hicieron famosas las imágenes de la Virgen que difundían los franciscanos, las cuales carecían de advocación o se dedicaban a la Inmaculada Concepción y sólo tenían tallada la cara y las manos; el resto se cubría con algún vestido, por ello, se las conocía como *imágenes para vestir* y se las llamaba misioneras, castrenses u hospitalarias. En última instancia tomaban el nombre de la localidad donde aparecían, o donde se forjaba su tradición o leyenda.

De este modo no es de extrañar que cada país latinoamericano haga alarde de un amor especial a María. Cada país la venera bajo una advocación diferente, surgida de algún detalle especial, de la sensibilidad religiosa o simplemente de la imaginación del pueblo. Entre sus historias, con frecuencia encontramos algún elemento legendario. ¿Cómo explicar, por ejemplo, el hecho de que imágenes de la Virgen, por sí solas, aparezcan o desaparezcan de un determinado lugar? ¿Cómo explicar que animales acarreado imágenes de la Virgen se detengan en un lugar determinado, imposibilitados de seguir adelante? Las más de las veces tales supuestos fenómenos sobrenaturales son meras casualidades que el fervor del pueblo interpreta como portentos asombrosos. Con todo, esas interesantes leyendas y tradiciones sirven, en el fondo, para estimular la devoción de gente humilde, que realmente ama a la Virgen como portadora del mensaje de Cristo.

En la mayoría de los países iberoamericanos abundan los santuarios dedicados a la madre de Jesús. Sin embargo, conviene hacer notar que en este diccionario incluimos solamente la advocación más importante de cada país.

4. Valor de las devociones populares

Las devociones populares contienen una gran diversidad de valores. Indicábamos al principio de esta introducción que su estudio conduce a descubrir la evolución religiosa y cultural de los pueblos. Este hecho, de por sí, es de una importancia trascendental.

También sirven para completar la vida litúrgica de todo cristiano. La liturgia, celebrada en el templo –centrada sobre todo en la Eucaristía y en los sacramentos– es la cumbre de toda actividad en la Iglesia y la fuente donde se logra la máxima eficacia para la santificación de los seres humanos. Sobre este punto podrían leerse provechosamente los números del 7 al 11 del documento conciliar sobre la liturgia, *Sacrosanctum Concilium*. En el número 12 afirma: “*Con todo, la participación en la sagrada liturgia no abarca toda la vida espiritual. En efecto, el cristiano, llamado a orar en común, debe, no obstante, entrar también en su cuarto para orar al Padre en secreto; más aún, debe orar sin tregua, según enseña el Apóstol*”. Según esto, los fieles pueden orar sin cesar, sirviéndose de esas devociones privadas, de las cuales una de las más comunes es el rosario.

Según el documento de Puebla de los obispos de la Iglesia Católica Romana, *Mensaje a los pueblos de América Latina* (nº. 913-914), la religiosidad popular presenta aspectos tanto positivos como negativos.

Entre los positivos se mencionan el sentido de lo trascendente, disponibilidad hacia la palabra divina, capacidad para orar, resignación cristiana en situaciones límite, generosidad y desprendimiento de lo material a favor de lo divino y espiritual.

Entre los negativos se indican la falta de sentido de pertenencia a la Iglesia en muchas de esas devociones, desvinculación entre fe y vida, no conducir a una vida sacramental, exagerada valoración del culto a los santos con detrimento de una entrega más profunda a Cristo, sincretismo religioso peligroso, relativismo religioso.

En noviembre de 2003 los obispos estadounidenses de la Iglesia Católica Romana publicaron un opúsculo titulado: *Prácticas devocionales populares: preguntas y respuestas básicas* (*Popular Devotional Practices: Basic Questions and Answers*). En él repiten la doctrina del Concilio Vaticano II y responden de una manera concisa a unas preguntas. De ellas las más importantes son: ¿Cuál es el origen de las devociones populares? ¿Qué relación tienen con la liturgia y con la Biblia, con la cultura? ¿Por qué hay tantas devociones? ¿Qué función ejercen María y los santos en la vida de la Iglesia, y cómo se relaciona la veneración que les tributamos con la adoración a Dios? ¿Qué diferencia existe entre revelación pública y privada?

Ya hemos tratado alguno de esos puntos. Los obispos recomiendan que las devociones populares deben de estar fortalecidas y apoyadas en un lenguaje y temas bíblicos. Las lecturas, las oraciones, los cánticos tienen que estar inspirados en la Biblia.

Evidentemente abundan estas devociones porque reflejan la idiosincrasia de los pueblos. Y ciertas devociones privadas responden a la necesidad de un pueblo en una época determinada. Esas mismas devociones no se acomodarían a la psicología de otros pueblos en diferentes momentos de la historia.

Los obispos reconocen en ese documento que estas devociones son un medio muy valioso para promover e incrementar el amor hacia Dios. Pero también afirman, con el Papa Pablo VI, que esta religiosidad popular tiene sus límites, y que a veces distorsiona la verdadera religión al estar teñida de superstición. Por ello, hay que tomarla en serio y purificarla según las Sagradas Escrituras. El pueblo debe rechazar en toda devoción aquellos elementos que sepan a magia, vana observancia, hechicería, espiritismo, satanismo, adivinación, astrología.

También hemos indicado que la religiosidad popular ofrece una excelente oportunidad para evangelizar, sobre todo entre quienes no frecuentan la iglesia con asiduidad.

5. El presente diccionario

En este diccionario –aunque de pretensiones modestas– recogemos las devociones populares que más se practican entre el colectivo hispano que vive en Estados Unidos; de ellas, un ejemplo puede ser la quinceañera. Naturalmente, no todas las devociones afectan de la misma manera a un colectivo tan variado como es el latino. Algunas son universales y sobradamente conocidas, como la Misa del Gallo, el Vía Crucis; otras son peculiares de cada pueblo, como la Virgen de la Caridad del Cobre para los cubanos, el Señor de los Milagros para los peruanos.

Algunas de estas devociones resultarán desconocidas para quienes no proceden de los países donde se celebran, pero no por ello hemos de pensar que no son populares. Hace años, cuando yo dirigía una liga de fútbol, recuerdo que todos los años, en el mes de octubre, un equipo peruano me pedía permiso para no jugar un cierto domingo porque tenían que participar en la procesión de un Cristo. Luego llegué a comprender que se trataba de la procesión del Señor de los Milagros, la fiesta más popular de Lima.

De esta manera he intentado, en la medida de lo posible, complacer a cada grupo hispano emigrado a EE.UU., recogiendo la devoción más famosa de su país de origen. Incluir todas las devociones populares de todos los países sería embarcarse en un trabajo arduo y dilatado cuyo resultado sería una obra de varios volúmenes. Y no estamos seguros de su carácter práctico para alcanzar el objetivo que perseguimos. Añadir más devociones a las incluidas tampoco conduciría a ninguna parte, ya que los propios hispanos no pueden satisfacer todas esas costumbres en las condiciones actuales en las que viven en esta sociedad norteamericana.

Sin embargo, la información presentada en esta pequeña obra será suficiente para que los líderes de las comunidades religiosas se formen un juicio crítico. Aunque se ha ofrecido una descripción de las devociones intentando ser lo más precisa posible, el lector comprenderá fácilmente que, tratándose –en muchos casos– de datos teñidos de leyenda, no es factible una exactitud científica, ni en los datos ni en las fechas.

En el pasado algunos autores han ofrecido, en pocas páginas, síntesis de la religiosidad popular hispana. Justo es mencionar algunas de ellas: *Faith Expressions of Hispanics in the Southwest*, publicado por el Centro Cultural Americano Mexicano (MACC) de San Antonio, Texas, 1977 (con varias ediciones posteriores); Virgilio Elizondo, *Galilean Journey, the Mexican-american Promise*, Orbis Books, Maryknoll, New York, 1983 (varias ediciones posteriores); *Religiosidad Popular: Las Imágenes de Jesucristo y la Virgen María en América Latina* publicado por el Instituto de Liturgia Hispana, (MACC), San Antonio, Texas, 1990; Roberto S. Goizueta, *Caminemos con Jesús: Toward a Hispanic/Latino Theology of Accompaniment* (Orbis Books, Maryknoll, NY, 1995); Allan Figueroa Deck, S.J., *Hispanic Catholic Prayer and Worship*, artículo incluido en *¡Alabadle!* Editado por Justo L. González, Abingdon Press, Nashville, TN, en 1996; Charles W. Dahm, OP, *Parish Ministry in a Hispanic Community*, Paulist Press, New York/Mahwah, N.J., 2004.

Ahora nosotros ampliamos esa información y añadimos más devociones populares, todas ellas reunidas en una única obra. Hemos de advertir al lector que algunas de las prácticas religiosas tratadas aquí pueden pasar muy bien por sacramentales. En este punto seguimos el criterio de otros autores hispanos y nosotros también las incluimos porque

creemos que el hispano envuelve a esos sacramentales en un contexto especial y peculiar de colorido, música, sentimentalismo y dramatismo, que invita a calificarlas como devociones populares.

Los diccionarios carecen de índice porque ellos mismos son ya un gran índice. Sin embargo, dadas las limitadas dimensiones de éste, hemos pensado que ayudaría al lector ver de un vistazo los distintos temas que trataremos.

Se aceptará del lector cualquier sugerencia que nos ofrezca para incorporarla, si es conveniente, en nuevas ediciones.

Agradezco a Rafael Fernández, historiador y poeta, y a Víctor Ruiz, periodista y editor, la revisión que han realizado de mi castellano. He incorporado muchas de las sugerencias que me han ofrecido. Gracias a ellos, el lector encontrará menos adulteraciones idiomáticas. Agradezco, sobre todo, a Daniel Caballero, la confianza que ha depositado en este escrito tomando la determinación de publicarlo. Estoy seguro que éste será un recurso útil para el ministerio hispano.

El Autor

Atlanta, 2005

Índice de palabras

Acostada del Niño
Agua bendita
Aguinaldo
Bautismo
Bendición
Belén
Candelaria, La
Ceniza
Cruz, crucifijo
Día de los muertos
Día de Todos los Santos
Domingo de Ramos
Escapulario
Inmaculada Concepción, La
Inmaculada Concepción de El Viejo
Juan de los Lagos, San
Judas, San
Lázaro, San
Levantamiento del niño
Magos, Los
Manda
Miércoles de Ceniza
Misas de Aguinaldo
Misa del Gallo
Novena
Nuestra Señora de la Altagracia
Nuestra Señora de los Ángeles
Nuestra Señora del Carmen de Maipú
Nuestra Señora de Chiquinquirá
Nuestra Señora de Coromoto
Nuestra Señora de la Divina Providencia
Nuestra Señora de Luján
Nuestra Señora de la Merced
Nuestra Señora de la Paz
Nuestra Señora del Quinche
Nuestra Señora del Rosario
Nuestra Señora de Suyapa
Pastorelas, Las
Pesebre
Piñata, La

Posadas, Las
Presentación de un niño
Quinceañera, La
Reyes Magos, Los
Romerías
Rosario, El
Rosca, La
Santiago Apóstol
Santo Niño de Atocha
Santuario de Copacabana
Señor de los Milagros, El
Tres años, Los
Velas (cirios)
Velorios de los Reyes
Vía Crucis
Viernes Santo
Villancicos
Virgen de la Caridad del Cobre
Virgen de Guadalupe
Virgen de los Milagros de Caacupé
Virgen de los Treinta y Tres

A

Acostada del Niño

Consiste en la costumbre de depositar un Niño Jesús en el nacimiento o pesebre durante la Misa del Gallo o en Nochebuena. (Ver **Misa del Gallo**)

Agua bendita

Es aquella que bendice el sacerdote y sirve para el uso tanto de la iglesia como de los fieles. El agua bendita se usa como símbolo de limpieza de los pecados en el sacramento del bautismo. Los hispanos, especialmente los mexicanos, le tienen gran aprecio a esta agua y al entrar en la iglesia se rocían con ella algunas partes del cuerpo. La llevan en recipientes para asperjar la casa o algún otro lugar de la misma donde creen que algo raro está sucediendo o que algún espíritu los está visitando.

Aguinaldo

El aguinaldo es un presente que se da a los niños en el tiempo navideño, y que puede ser el mismo día de Navidad, el primer día del Nuevo Año, o el día de los Reyes Magos. El pequeño obsequio ha variado a lo largo de las épocas. Antiguamente se daba a los niños frutas frescas o secas, hoy por el contrario se les da dulces o juguetes. Al final de las posadas se suele dar una bolsa de aguinaldo a todos los niños. Esta costumbre recuerda mucho a la inglesa de “halloween”.

B

Bautismo

Evidentemente el bautismo no es una devoción popular. Es el sacramento que nos introduce en la comunidad eclesial, el Pueblo de Dios. Por el bautismo adquirimos derecho pleno de ciudadanía dentro de la Iglesia, con opción ulterior a ejercer cualquier ministerio.

Entre los hispanos, el bautismo reviste un colorido cultural especial. Y más aún entre los mexicanos. Si preguntáramos a los fieles hispanos por qué quieren bautizar a su hijo nos sorprendería la variedad de respuestas que nos darían. He aquí algunas: “porque está asustado”, “porque se me enferma mucho”, “porque está muy débil”, “para quitarle los

cuernitos”, “para librarle de lo malo”, “para hacerlo cristiano”. La primera conclusión práctica antes estas respuestas, es la necesidad de una buena instrucción religiosa, inculcando que el bautismo es la puerta de la Iglesia y que una vez en ella todos contamos con los mismos derechos a ser ministros de Cristo.

Con mucha frecuencia los hispanos retrasan –incluso durante años– el bautismo de sus hijos hasta llegar a conseguir unos padrinos dignos y responsables para sus hijos. Estas personas formarán parte integrante de la familia, se les llamará *comadre* y *compadre*. Y los niños bautizados serán los *ahijados* de los padrinos. A éstos se les considera como los segundos padres de las criaturas bautizadas. Tienen obligación de cuidar de sus ahijados, de visitarlos con frecuencia, de aconsejarlos, hacerles regalos, etc. En algunos pueblos, si el niño muere antes de los siete años, el padrino corre con los gastos del entierro y de los rezos. Si queda huérfano lo acoge en su casa y lo cría como un hijo. También suelen los padrinos costear varios de los gastos del bautismo que pueden incluir algunos de los siguientes: tarjetas de invitación, vestido o traje del niño/a, la cajita del bautismo que incluye vela, concha, paño, rosario y misalito, donación a la iglesia, salón donde se celebra la fiesta. En fin, todos estos gastos variarán según las circunstancias familiares. Sin embargo, es tradicional que los padrinos den un regalito a todos los niños presentes, conocido entre los mexicanos con el nombre de *bolo*. Según los casos, consiste en tirar al aire dulces, confites, caramelos y calderilla para que los niños los recojan, o entregárselos en una bolsita.

En la ceremonia, con frecuencia, uno de los padrinos quiere tener al niño en brazos durante el acto del bautizo para luego entregárselo a los padres.

Para el hispano, el bautizo del hijo es una gran celebración, una fiesta, y, por ello, encontramos casos en que los padres retrasan el bautismo de sus hijos por no contar con suficiente dinero para costear los gastos. En otras ocasiones agrupan dos celebraciones, una de las agrupaciones más frecuentes, es la de celebrar conjuntamente el bautismo y el primer cumpleaños.

Como la motivación para bautizar a los niños no es la más profunda y comprometida que uno pudiera esperar, con frecuencia sucede que una vez bautizado ese niño, la familia desaparece durante un tiempo considerable. Prueba ello lo que dijimos al inicio de este apartado, que el bautismo para muchos hispanos está revestido de un bagaje cultural considerable. Por ello, es importante aprovechar bien el tiempo desde que solicitan el bautismo para ofrecer una pastoral y doctrina apropiadas. Se ha de exigir que vengan a misa todos los domingos antes de la fecha del bautismo. Se pueden ofrecer, según los lugares, varias sesiones de enseñanza. Y se han de evitar los bautizos privados, es decir, aquellos en que sólo se bautiza a un niño de una familia.

Si el aspecto más positivo del bautismo es la introducción del bautizando en la Iglesia de Cristo, el acto debe realizarse en una celebración donde la Iglesia quede representada con suficientes fieles cristianos. Se ha de celebrar siempre dentro de la Eucaristía, y si no hay una razón poderosa, siempre en domingo.

Bendición

Jesús se despidió de sus discípulos bendiciéndolos (Lc 24,50s). La bendición no se concretiza en un objeto específico sino que es una acción de la creación de Dios. La bendición es un don que afecta al misterio de la vida. Pertenece más a la esfera del ser

que a la del tener. La bendición es un don divino que penetra directamente en lo esencial del ser humano. En la Biblia abundan las referencias a bendiciones y los gestos asociados con la misma. La palabra hebrea *bereka* (bendición) a veces tiene como resultado bienes concretos, pero son efecto de la acción divina: son fruto de la gracia y bendición divinas. La mayor bendición del Padre a la Humanidad ha sido el envío de su Hijo, Jesús.

La Iglesia utiliza bendiciones en muchos de sus contextos litúrgicos. Se desea que la gracia y la protección divinas se transmitan al término final de la bendición, especialmente a personas. El gesto de elevar la mano para impartir la bendición indica el deseo que el poder y la gracia divinas pasen a las personas u objetos bendecidos.

Los hispanos aman las bendiciones, y con ello demuestran el profundo sentido religioso que los anima. Esperan que la bendición proteja sus casas, negocios, cuadros, estatuas, rosarios, medallas, etc., y por ampliación, esperan ser protegidos también ellos mismos. El sacerdote, a veces, se muestra reticente a impartir bendiciones en algunos casos concretos, por ejemplo, a un niño porque está asustado, o porque sufre de asma, etc... No hay por qué negar una bendición en semejantes circunstancias siempre que se indiquen otros medios naturales y científicos para superar el dolor o la dificultad. Asimismo, es apropiado indicar –tras bendecir un coche– lo sabio de conducir con prudencia.

Belén

Se conocen como *belenes* o *nacimientos* a la representación plástica de los pasajes bíblicos de Lucas 2 y Mateo 2. En el siglo IV aparece ya una escenificación en la catacumba de San Sebastián de Roma.

La costumbre de representar el nacimiento con imágenes tiene su origen en san Francisco de Asís. En 1233 tras un viaje que realizó el santo a Belén, se propuso mostrar en vivo el recuerdo del nacimiento de Jesús. Así representó el primer “belén o nacimiento” con un buey y un asno reales y una imagen del “Santo Bambino” sobre unas pajas. La idea del buey y el asno la tomó de Isaías 1,3.

Después santa Clara difundió esa costumbre por todos los conventos franciscanos de Italia. Durante la Edad Media y el Renacimiento se acostumbra representar escenas de la Navidad en las iglesias. De ahí surge ya la idea de los belenes con figuras de madera, barro, cartón, yeso y otros materiales. Muchos belenes son verdaderas obras de arte, en los que se reconstruye el pueblo de Belén con paisajes imaginados, y con el tema central del nacimiento del Niño Jesús. España llevó la costumbre de los belenes al Nuevo Mundo, de la mano de los misioneros. En casi todas las iglesias y hogares se encuentra representada, de alguna manera, la escena del nacimiento de Jesús. Escena que ofrece un ambiente espiritual a toda la familia durante el tiempo navideño (Ver **pesebre**).

C

Candelaria, La

Se celebraba el día 2 de febrero para conmemorar la presentación del Niño Jesús en el templo. Esta fecha marcaba el final del ciclo navideño y se retiraban los belenes de los templos y de las casas. En México existen infinidad de poblaciones donde se celebra esta festividad. La más famosa de todas es la de San Juan de los Lagos. En muchos lugares, el pueblo mexicano realiza en este día el *levantamiento del niño*, y canta los últimos villancicos. Sin embargo, –después de la reforma litúrgica– el ciclo navideño concluye con el primer domingo después de la Epifanía.

En la misa de la Candelaria se bendecían velas (o candelas), de varios colores, cada uno para un determinado uso, y se repartían entre los fieles.

En algunos lugares se celebraba una procesión por los campos y, según el viento hubiese apagado más o menos velas, se calculaba la prosperidad del año.

(Como se puede observar, en algunos lugares, todavía tiene más peso la tradición secular religiosa, que la renovación litúrgica moderna).

Ceniza

Se desconoce el significado original de la ceniza, aunque ha sido usado por la mayor parte de las religiones antiguas. En el Antiguo Testamento el profeta Isaías llama al idólatra “amador de cenizas” (Is 44,20). La recompensa del pecado será la ceniza; los soberbios quedarán “reducidos a ceniza sobre la tierra” (Ez 28,18). Mas el pecador que reconoce su pecado confesará que no es más que “polvo y ceniza” (Gn 18,27), y para demostrárselo a los demás se sentará sobre la ceniza (Job 42,6; Jon 3,6; Mt 11,21) y se cubre con ella la cabeza (Ez 27,30). El ser humano, cuando se veía afligido por el luto, experimentaba su poquedad y lo expresaba cubriéndose de polvo y de ceniza: “Vístete de saco, hija de Sión; revuélcate en la ceniza, llora amargamente” (Jer 6,26).

Por todo ello, la ceniza ha sido usada como símbolo de la fugacidad humana, de la fragilidad de la vida, de la vanagloria de los halagos humanos, del pecador arrepentido, y del dolor.

El pueblo mexicano se ve identificado con la tierra y la considera sagrada, por lo que da gran importancia a la ceniza (Ver **Miércoles de Ceniza**

Cruz, crucifijo

La cruz era el leño del suplicio en el que los romanos colgaban a los condenados con cuerdas o con clavos para dejarlos morir en él. La cruz tenía la forma de una T de la cual ascendía a veces una barra vertical. Sabemos que Jesús fue clavado en la cruz (Lc 24,39; Jn 20, 25-27), pero ignoramos cómo era exactamente la forma de la cruz en la que murió. Durante trescientos años los cristianos no celebraron ninguna ceremonia relacionada con la cruz. Para ellos el acontecimiento fundamental era la Pascua cristiana, una fiesta que comprendía la muerte y resurrección de Jesús.

El año 326 Elena, la madre de Constantino, decide irse a Palestina en búsqueda del sepulcro de Jesús. La acompaña Eusebio, obispo de Cesarea, que describe todo el viaje y la tumba que encontraron y creyeron era la de Cristo. Eusebio no menciona que Elena encontrara la cruz de Cristo, porque para Eusebio, como para el resto de los cristianos, la cruz no era más que un instrumento de vergüenza, lo que verdaderamente contaba era la Resurrección. Sin embargo, cincuenta años más tarde del viaje realizado por Elena, San

Ambrosio de Milán (340-397) empezó a difundir la idea de que Elena había hallado la auténtica cruz sobre la que murió Cristo.

Hacia el año 384, una monja hispana que viajó a Palestina describe en *La peregrinación de Egeria* –un informe dirigido a sus hermanas de religión– cómo ya en ese año, el Viernes Santo, se veneraba un trozo de la madera que se consideraba de la verdadera cruz sobre la que murió Jesús. Trozos de lo que se consideraba la auténtica cruz de Cristo empezaron a multiplicarse por todas partes. En el siglo VII se llevaron reliquias de la cruz a Roma y se inició el servicio del Viernes Santo.

Sin embargo, incluso durante esas fechas, se ha de notar que ningún trozo, ni las primeras cruces creadas, contenían imagen alguna de Cristo crucificado. De hecho, en las dos últimas semanas de Cuaresma, se empezó a cubrir las cruces porque algunas estaban decoradas con alhajas. Se descubrían de nuevo en el servicio solemne de Viernes Santo. La historia demuestra que la antigua costumbre se centraba en venerar una reliquia de la cruz, y no al Cristo.

Sin embargo, con el correr de los años, en Occidente la imagen de Cristo crucificado empezó a colocarse en las cruces, dando lugar a lo que hoy llamamos crucifijo. Hacia el siglo XIII se generalizó la costumbre de colocar un crucifijo sobre los altares. Después del Concilio Vaticano II, el crucifijo ya no aparece en los altares sino elevado, colgado sobre el altar, o en la pared detrás del altar.

La devoción medieval y, sobre todo, la desbordante exuberancia barroca de los siglos XVII y XVIII empiezan a crear en el arte y en la teología unos crucifijos con la imagen de unos cristos en posiciones y expresiones contorsionadas, angustiosas, dramáticas, y llenas de patetismo.

La predicación inculcó en los fieles un amor desproporcionado al Cristo sufriente con detrimento de la alegría de la Resurrección. Este hecho se ha intentado corregir durante el Concilio Vaticano II, pero no era fácil. Los cristianos están tan acostumbrados a las imágenes sangrantes y doloridas de Cristo que no pueden aceptar, presidiendo el altar, una imagen de un Cristo glorioso. Así, los hispanos se cargan de crucifijos y, en no pocas ocasiones, aconsejan al cura la conveniencia de colorar un Crucifijo grande y dolorido en la pared frontal de la iglesia. No cabe duda que muchos hispanos, por todo lo que han padecido a lo largo de la historia, se pueden identificar más fácilmente con un crucifijo doliente que con una imagen gloriosa. Esto explica que los hispanos asistan en mayor número a los actos del Viernes Santo que a la Vigilia Pascual o al Domingo de Resurrección.

D

Día de los muertos

En México los misioneros implantaron las fiestas de Todos los Santos y del Día de los Difuntos, que la Iglesia celebra los días 1 y 2 de noviembre respectivamente, pero que adquirió características especiales en la celebración popular al entroncar con las tradiciones de las culturas mayas, olmecas y mexicas, que se celebraban a mediados del

año. Para las culturas prehispánicas la muerte era una transición hacia una vida mejor. Esas culturas creían que el espíritu de los humanos era inmortal y al morir iba a un lugar llamado Mictlán. A ese lugar iban todos los espíritus sin tener en cuenta su conducta moral en la tierra. Pero no todos corrían la misma suerte, unos se convertían en dioses, otros, como los guerreros –muertos en combate– se transformaban en aves de colorido plumaje con la misión de acompañar al sol en su recorrido diario –los prisioneros de guerra eran sacrificados por creer que el sol necesitaba alimentarse de su sangre para que contara con la energía suficiente para continuar en su vuelo diario–. Cuando alguien moría se organizaba una fiesta para ayudar al espíritu en su caminar. Por eso se enterraba a los muertos envueltos en un “petate”, y se colocaba comida y toda clase de objetos necesarios para que en su viaje por el Chignahuapan (“sobre los nueve ríos”), parecido al purgatorio, pudieran superar todas las dificultades hasta el Mictlán.

La esperanza de poder convivir al menos un día con los ya idos difuntos conduce a los mexicanos a construir altares para conmemorar a los muertos. Ahora bien, según la creencia popular, los muertos tienen atrofiados los sentidos por eso hace falta acuciárselos con olores y colores fuertes. Así, se coloca en los altares, la flor de *cempazúchitl* de color amarillo; el *copal*, resina de un árbol que, a modo de incienso, se quema para que los muertos reconozcan el aroma dulce que conduce al hogar; comidas, generalmente los platillos propios de la región, frijoles y corrundas, mole y enchiladas, tamales y buñuelos (las comidas cocinadas se han de colocar calientes, para que despidan más olor), galletas, frutas, panes de muerto adornados con azúcar rojo que simula la sangre; bebidas embriagantes, vasos de agua, zumos de frutas; objetos religiosos, crucifijos, imágenes de la Virgen de Guadalupe o de otros santos para que guíen a los muertos, velas y veladoras para que iluminen a las almas hacia su altar respectivo y consuman lo que se les ha preparado. Tampoco faltan objetos personales, la foto de la abuela, el sombrero del tío o la sonaja del bebé.

Se cree que si los muertos prueban los alimentos, éstos pierden el olor y el sabor porque el espíritu se ha llevado su “esencia”.

A los cementerios y panteones también se llevan alimentos, flores y veladoras que se colocan sobre las tumbas, con el mismo sentido que en los altares domésticos. Se extienden mantas o cubiertas sobre el suelo y las familias pasan largas horas en torno a la tumba, en un ambiente multicolor de silencio, charla, convivencia y recreación, con un trasfondo de música mariachi que toca la canción preferida del muerto. Estas celebraciones han llamado tanto la atención de los turistas que algunos cementerios de México cobran por entrar el Día de Difuntos.

Siguiendo la costumbre de los antiguos mexicanos el primer día está reservado para los niños y se le llama “Miccailhuitontli”; el segundo para los adultos, conocido como “Miccailhuitl”. De esta manera el Día de los muertos es para el mexicano más un día festivo que de dolor. Se ha mezclado a la idea religiosa cierta libertad carnavalesca, y se hace mofa de la muerte con expresiones como “la calaca”, “la huesuda”, “la dentona”, “la parca”, “la pelona”, “la flaca”; al morir se le denomina “petatearse”, “estirar la pata”, “pelarse”. También hay juegos con calaveritas de azúcar, recortes de papel con esqueletos coloridos, piñatas de esqueletos, títeres de esqueletos, etc.

Día de Todos los Santos

Todos los pueblos han mostrado un respeto reverencial a los muertos. La ley romana protegía las tumbas, que habían de colocarse fuera de los límites de la ciudad. Las ceremonias observadas en memoria de los muertos variaban en los diferentes puntos del Imperio, pero lo más común era visitar las tumbas el día del cumpleaños, llevar flores y perfumes y celebrarlo con una comida en su honor. Lo novedoso, en el caso de los cristianos, fue celebrar el día de la muerte, porque en ese día los muertos realmente habían resucitado a una vida plena en Cristo. Otro elemento iniciado por los cristianos fue el de reunirse como comunidad en los cementerios y celebrar lecturas, salmos, himnos y la eucaristía, en memoria del muerto.

Por iniciativa del Papa Gregorio IV (827-844) el emperador de Occidente, Luis El Piadoso (814-840), firmó un decreto por el que se fijaba la fiesta de Todos los Santos el día 1 de noviembre. En el siglo siguiente San Odilón, abad de Cluny (994-1049), lograba que se fijara para el día 2 de noviembre la Conmemoración de todos los Fieles Difuntos, tras ordenar que se celebrara en todos los monasterios de la Orden, y empezando el 998, luego se difundió rápidamente por toda la Iglesia latina.

Hoy día, antes de que lleguen estas fechas, los familiares de los difuntos suelen realizar frecuentes visitas a los cementerios con objeto de limpiar a fondo las losas de las sepulturas de sus familiares y adornarlas con todo tipo de flores, entre las que destacan principalmente los crisantemos. En muchos países latinos la visita a los cementerios se realiza el día 1 de noviembre. Si la defunción ha tenido lugar recientemente, la estancia de los familiares en el camposanto será más dilatada.

Muchos pueblos suelen celebrar estas fiestas con dulces tradicionales. En España son muy típicos los buñuelos (según la tradición, al comer un buñuelo un alma sale del purgatorio) y “los huesos de santo” así llamados por su apariencia externa, pero rellenos interiormente de dulce (simbólicamente, el hecho de comer los huesos es porque implica que se quiere a los muertos y no se les tiene miedo). Solamente en Madrid se venden todos los años más de cincuenta mil kilos de “huesos de santo”. Tradiciones estas que probablemente tengan un origen medieval (Ver **día de los muertos**).

Domingo de Ramos

La Semana Santa se inicia con el domingo de Pasión, o domingo de Ramos, y se desarrolla hasta la Vigilia Pascual celebrada el sábado, al caer la tarde.

Antes de la reforma litúrgica, el domingo anterior al de Ramos se conocía como domingo de Pasión. Ahora se han fusionado los dos en uno sólo, de tal manera que la primera parte de la liturgia celebra la entrada de Jesús en Jerusalén, y la segunda parte se centra en la lectura de la pasión del Señor.

La religiosa Egeria, en una peregrinación realizada entre 381-384, describe cómo en el siglo IV ya se celebraba el domingo de Ramos en Jerusalén. A la una de la tarde, la gente se reunía con el obispo en el Monte de los Olivos, en la iglesia de Elena, una de las iglesias edificadas por Elena, la madre de Constantino; a las tres de la tarde la procesión se dirigía hacia la ciudad. La gente llevaba ramos y los movían mientras cantaban salmos y la antífona: “Bendito el que viene en el nombre del Señor”. La procesión marchaba lentamente porque en ella se encontraban ancianos y mujeres llevando bebés. Llegados a la iglesia del Santo Sepulcro celebraban un oficio vespertino, se recitaba una oración en el lugar de la cruz, y se despedía a la gente.

Se marcó este día siguiendo la frase del Evangelio de Juan: “Seis días antes de la Pascua...”(Jn 12,1). En la procesión, el obispo representaba a Jesús. Más tarde, la imaginación medieval lo representó de diferentes maneras: el Evangeliario abierto; en Inglaterra y Normandía, la hostia consagrada; en Alemania, se llevaba un burro de madera con ruedas, sobre el cual iba una figura del Salvador. Esta costumbre del domingo de Ramos se imitó, primero en España en el siglo V, en la Galia en el VII, en Inglaterra al principio del VII, y finalmente en Roma en el XII.

La devoción del pueblo acostumbra a llevarse a casa las palmas o ramos bendecidos al principio de la celebración eucarística. Los coloca en pequeños altares o en lugares apropiados para acordarse de que Cristo es nuestro Rey. También es costumbre en muchos lugares llevar un burro en la procesión, recordando al que llevó a Jesús.

E

Escapulario

El escapulario es un cordón que se lleva al cuello, compuesto por dos piezas pequeñas de tela color café, una sobre el pecho y la otra sobre la espalda. Se usa bajo la ropa. Junto con el rosario y la medalla milagrosa, el escapulario es uno de los más importantes sacramentales marianos.

La palabra escapulario procede del latín “*scapulae*” que significa “hombros”. Originariamente era un vestido superpuesto que caía de los hombros y lo llevaban los monjes durante el trabajo. Este símbolo sacramental fue promovido por la orden Carmelitana. Para ellos expresa la dedicación especial a la Virgen María y el deseo de imitar su vida de entrega a Cristo y a los demás.

Según la tradición, la Virgen se apareció a San Simón Stock, inglés y general de la orden, quien rogó a María por una intervención especial para que la orden no se extinguiera. La Virgen le respondió el 16 de julio de 1251 dándole el escapulario con la siguiente promesa: “*Este debe ser un signo y privilegio para ti y para todos los Carmelitas: quien muera usando el escapulario no sufrirá el fuego eterno*”.

Fácilmente se podrá observar cómo muchos hispanos llevan impuesto el escapulario. Este símbolo va incluido en casi todas las cajitas donde vienen otros objetos usados en el sacramento del bautismo, como: la vela, la concha, el pañito, el misal y el rosario. Normalmente el escapulario lo bendice un sacerdote y lo impone él mismo diciendo: “*Recibe este escapulario bendito y pide a la Virgen Santísima que por sus méritos, lo lleves sin ninguna mancha de pecado y que te proteja de todo mal y te lleve a la vida eterna*”.

También existe el llamado “escapulario verde”. Al parecer la Virgen se le apareció a la hermana Justina Bisqueyburu en 1840, en el monasterio de la orden de las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paúl, situado en la rue du Bac en París, “llevando la vestidura de la conversión: el escapulario verde, y dijo: “*Esta insignia santa de mi Inmaculado Corazón ha de ser un gran medio para la conversión de las almas...*” Así, ese escapulario se usa para lograr la conversión de algún ser querido especialmente de los

que no tienen fe. A diferencia del carmelitano sólo cuenta con un cuadrado de tela, y no hace falta llevarlo puesto para lograr sus favores.

I

Inmaculada Concepción, La

Aunque oficialmente no tiene el título de patrona nacional, el pueblo de Panamá se viste de fiesta el día 8 de diciembre para celebrar a María bajo la advocación de la Inmaculada Concepción de María. Evidentemente, no hay leyenda que configure la razón de esta elección fuera del amor del pueblo a María. Según la enseñanza oficial de la Iglesia Católica Romana, en esta advocación se celebra el hecho de que María naciera sin la mancha del pecado original.

El razonamiento escolástico que explica esa doctrina funciona de esta manera. Según el saludo del ángel, María estaba “*llena de gracia*” (Lc 1,28). Si los demás humanos hemos nacido con el pecado original y hemos recibido de Jesús, nuestro Salvador, una redención *extractiva* del pecado, María, *en virtud* de ser Madre de Dios, en Jesús, fue *preservada* (*redención preservativa*) de caer en el pecado. De ahí que fuera inmaculada, es decir, sin pecado alguno.

En Panamá esta fiesta coincide con el Día de las madres.

Inmaculada Concepción de El Viejo

Cerca de la costa del Pacífico, en Nicaragua, se encuentra El Viejo, un poblado cercano a Chinandega y al famoso volcán San Cristóbal, donde se venera la Virgen en el Santuario de Nuestra Señora de la Inmaculada Concepción. En el siglo XVI el lugar albergaba unas quinientas chozas de indios y algunas casas de españoles, además de un convento de franciscanos.

Según una tradición, al parecer sólida, allí llegó un familiar de santa Teresa de Jesús – algunos creen que fue su propio hermano Rodrigo de Cepeda y Ahumada– llevando una imagen de la Inmaculada Concepción que la santa le había regalado para que le protegiera durante la evangelización del Nuevo Mundo. El familiar de la santa se estableció temporalmente en El Viejo, y convirtió una habitación de su casa en oratorio donde los vecinos del pueblo podían venerar la imagen de la Virgen.

Cepeda recibió órdenes de trasladarse a Perú. Fue a embarcarse, con su querida imagen, al puerto del Realejo, que servía de enlace comercial entre Perú y Guatemala, pero siempre que intentaba partir se levantaba un temporal en la mar. Vio en ello un signo de que era voluntad divina el que la imagen se quedara en el poblado de El Viejo. Y desde ese momento el Santuario de El Viejo creció en celebridad en la América Central. Los nicaragüenses llaman popularmente a la Virgen “La Purísima”.

La representación de la imagen de la Inmaculada realizada por Murillo tal vez sea más popular que la que se venera en el Santuario de El Viejo; sin embargo, la imagen de este santuario es la patrona oficial. El 8 de diciembre es el día de la gran fiesta de Nicaragua.

La víspera se celebra la famosa “gritería”. En las casas la gente prepara hermosos altares, los vecinos que se asoman a las puertas gritan: “¿Quién causa nuestra alegría”, y desde dentro responden: “¡La Concepción de María!”. Y empieza la fiesta con comidas, música, cantos y bailes.

J

Juan de los Lagos, San

Después de la Basílica de Guadalupe ningún otro santuario es tan concurrido en México como éste dedicado a Santa María de San Juan de los Lagos, ubicado en los Altos de Jalisco.

En 1542 se fundó en Mezquitlán, o lugar de mezquites, la ciudad de San Juan Bautista, que a partir de 1633 empezó a pertenecer a la jurisdicción civil de los Lagos de Morelos. Al poco de fundada, el padre franciscano Miguel de Bolonia regaló una diminuta imagen de la Virgen a la nueva fundación misionera. Sin embargo, sólo después de 1623 crecería el culto a la misma por adquirir fama de milagrosa. Y es en ese momento cuando el jesuita Francisco de Florencia cuenta cómo en 1623 un trapequista enseñaba a sus hijas un difícil ejercicio de trapezio sobre puntas de espadas. Una de las niñas se cayó y murió. Una anciana —que ya había recibido gracias de la Virgen— aconsejó al trapequista que llevara a su hija a la Virgen del pueblo. Fueron a la ermita, colocaron la imagen sobre el pecho de la niña y ésta revivió. A partir de este momento la fama del lugar no hizo más que aumentar, dando lugar a la construcción del primer santuario, concluido hacia el año 1643 y conocido como Capilla del Primer Milagro. En 1682 ya se había construido el segundo, que en la actualidad es parroquia. En 1769 el obispo de Guadalajara inició la construcción de la basílica actual que recibe de los papas Pío X y Pío XI, los títulos de Colegiata, Basílica, y finalmente de Pablo VI la consagración como Catedral de la diócesis de San Juan de los Lagos.

El bello e imponente edificio actual ha ido quedándose pequeño y se habla de la construcción de otro de mayores dimensiones. Y es que a partir del día 8 de enero comienzan a salir las peregrinaciones rumbo a la Catedral Basílica de este lugar, para asistir a la fiesta de la Candelaria del 2 de febrero. Llegan al lugar, a lo largo del año, casi dos millones de personas. Las peregrinaciones se extienden a lo largo de kilómetros enteros y son motivadas y controladas por oficiales identificados con brazaletes y distintivos, que dan órdenes, dirigen oraciones, cánticos y todo el transcurso de la procesión. Al frente de otros grupos se ven sacerdotes o capellanes como líderes espirituales de los peregrinos. Se ve a otros caminantes cumpliendo rigurosas mandas (Ver mandas), y andando de rodillas ayudados por otras personas, o cargados de instrumentos penosos; pero tanto unos como otros han de llegar de alguna manera, ya que interrumpir la promesa significaría convertirse en piedra, según la creencia popular. Cuando llegan a la Catedral les recibe el señor obispo del lugar, quien les asperja con agua bendita.

La ciudad se convierte toda ella en una feria cultural, donde abundan la alegría, la música, las danzas, la comida, las artesanías, cerámicas, artículos religiosos, etc.

Judas, San

De Judas hay referencias bíblicas en los evangelios de Marcos (3,18) y de Mateo (10,3), donde se le nombra simplemente como Tadeo. (Algunos autores no identifican a ese personaje con el apóstol Judas, otros sí lo hacen). El evangelio de Lucas (6,16) y los Hechos (1,13) relacionan a Judas con Santiago el Mayor. Y Juan en el evangelio (Jn. 14,22) aclara que no es Judas el Iscariote.

Su fiesta, junto con la del apóstol Simón, se celebra el día 28 de octubre, siguiendo la tradición del *Breviarium apostolorum* (*El Breviario de los apóstoles*). Según esa tradición, los dos apóstoles iban siempre juntos predicando la palabra de Dios por todas partes. En las iglesias orientales son festejados por separado, Simón el 10 de mayo y Judas el 19 de junio.

La tradición ha considerado a Simón y a Judas como apóstoles de Persia. Según algunos, ambos murieron mártires, otros, por el contrario creen que murieron pacíficamente. En todo caso, como se carece de datos fidedignos, no se puede afirmar nada categóricamente. Las reliquias de san Judas se veneran en Reims y en Tolosa, Francia.

La *Carta de Judas* del Nuevo Testamento, empieza con estas palabras: “*De Judas, siervo de Jesucristo, hermano de Santiago*”. Ese inicio indujo a creer que el apóstol era el autor de la misma, sin embargo, hoy se cree que el autor fue un judío heleno convertido.

Santa Brigada cuenta en sus *Revelaciones* que el Señor le recomendó invocar a este apóstol con confianza. Lo que ha contribuido a que su fama haya ido en aumento entre el pueblo cristiano. En Alemania, Italia, América y en otros lugares, tiene numerosos devotos que afirman haber conseguido muchos favores divinos por intercesión del santo. A modo de ejemplo, una de las velas más compradas por la gente es la que solicita la protección de san Judas.

L

Lázaro, San

En los evangelios, aparece el nombre de Lázaro en san Lucas, en la parábola de *El rico malo y Lázaro el pobre* (Lc 16, 19-31), y en san Juan, en el milagro de *La resurrección de Lázaro* (Jn 11,1-44). De los dos, curiosamente, el que más interés ha suscitado en el pueblo ha sido el Lázaro imaginario de la parábola, que en la Edad Media fue venerado como el patrón de los leprosos. En la actualidad, su devoción se ha localizado de una manera especial en Cuba.

Es este un caso típico del sincretismo creado en esta isla por la confluencia de diferentes culturas. Al parecer, la mayoría de los cubanos veneran tras san Lázaro a un santo o deidad yoruba.

Según cuenta el relato legendario, en tiempos remotos una epidemia de lepra se extendió por la tierra de los dahomeyanos. Como éstos tuvieran noticia de un milagroso rey lucumí acudieron a él suplicando ayuda. Tardó en llegar y cuando lo hizo quedaban sólo unos pocos sobrevivientes. Apareció un jinete cabalgando en un corcel blanco. Descendió de la cabalgadura, abrazó a todos los enfermos y se contagió de la enfermedad. Mas he aquí que con una escoba hecha de ramas de coco y un mazo de hierbas, se frotó todo el cuerpo y quedó curado. Repitió la operación con todos los enfermos y les dijo que él era, Babalú–Ayé, señor de la tierra y de las enfermedades, y que el que creyera en Dios, por su fe, sería curado. Los dahomeyanos se lo agradecieron tanto que optó por quedarse reinando entre ellos, donde fue muy venerado hasta el fin de sus días.

En Cuba, san Lázaro es un santo creado por la devoción popular. Es el patrón de los pobres y de los enfermos. La Iglesia católica, a pesar de conservar una imagen del mismo en un altar lateral del templo, en la localidad habanera de El Rincón, Cuba, no lo reconoce oficialmente como santo. Con todo, debido a la devoción que le profesan, El Rincón es uno de los lugares de mayor peregrinación para todos los cubanos. Allí se acercan a rendir tributo a esa deidad de la Regla de Ocha, Babalú–Ayé, representado por el Lázaro de las muletas acompañado de unos perros lamiéndole las llagas. Para los creyentes de la Regla de Ocha, Babalú–Ayé y san Lázaro son el mismo. Es la deidad que cura las enfermedades de la piel, las enfermedades contagiosas y las epidemias. Es también el patrón de los perros, sobre todo de aquellos que no tienen dueño, los callejeros. Cualquiera que maltrate a uno de estos animalitos se acarrea la ira de la gente.

La fiesta tiene lugar el día 17 de diciembre, pero ya dos días antes empiezan a llegar al pueblo gran número de devotos para cumplir sus promesas. Llegan unos de rodillas, arrastrándose sobre el polvo de la calle; otros con pesados ladrillos atados a sus pies, y otros con ofrendas que presentan a los pies del santo. La peregrinación es tan impresionante que algunos la comparan con la que se realiza todos los años el 12 de diciembre en la basílica de nuestra Sra. de Guadalupe, en México (D.F.).

La fiesta, es una ocasión que aprovechan algunos para realizar pingües ganancias vendiendo velas, estampitas, refrigerios variados, imágenes del santo, llaveritos, comida criolla y china. Es un espectáculo de carácter religioso popular, en el que la fiesta profana se mezcla con lo religioso en un todo difícil de discernir dónde termina lo uno y empieza lo otro.

Los cubanos exiliados han traído esta devoción popular a Estados Unidos. Especialmente en Miami, por ser la ciudad que reúne la mayor concentración de población cubana, esta devoción está muy extendida.

Levantamiento del Niño

(Ver candelaria).

M

Magos, Los (Ver en reyes).

Manda

En general hace referencia a un voto o una promesa. Ya sean promesas hechas en forma de sacrificio físico o espiritual. Otros hacen mandas de abandonar la bebida alcohólica durante un período de tiempo. A veces la manda se convierte en un “trueque”, es decir, se promete algo a cambio de algo: “*si me das trabajo, dejo de beber*”.

Es frecuente que algunos fieles se acerquen al sacerdote pidiéndole que escuche el *juramento* o *promesa* que quieren hacer ante él y la Biblia para dejar de beber durante cierto tiempo. La mayoría de las veces el sacerdote acepta por no desilusionar a la persona que se acerca a él, pero también se le aconseja que busque ayuda profesional. También es conveniente que el sacerdote incluya, si es posible en un papel y haciéndoles firmar, una cláusula que diga que se tiene la intención de renovar tal promesa indefinidamente.

Es fácil poder ver a gente llegar de rodillas al santuario de Guadalupe en México, sobre todo el día 12 de diciembre que es cuando se celebra su fiesta. Lo mismo acontece en otros santuarios de América Latina.

Miércoles de Ceniza

El “*Miércoles de Ceniza*” marca el comienzo de la Cuaresma, sin embargo, históricamente este día, con su connotación litúrgica y espiritual, no aparece hasta el siglo XI. En el Antiguo Testamento ya se usaba la ceniza con carácter penitencial. Así lo entendieron y emplearon también los primeros cristianos en casos de pecadores notorios. La costumbre de distribuir las cenizas no se originó en Roma, sino en las liturgias galicana y mozárabe, cuando los penitentes la recibían al entrar en orden penitencial. La práctica adquirió popularidad con el tiempo. Sin embargo, fue el papa Urbano II, en 1091, quien mandó imponer las cenizas en las cabezas de los fieles el miércoles anterior al primer domingo de Cuaresma. Esto dio origen al Miércoles de Ceniza. Al imponer las cenizas, después de la homilía, el ministro cita la frase bíblica: “*Eres polvo y al polvo tornarás*” (Gn 3,19).

La Cuaresma se inicia con el Miércoles de Ceniza y dura hasta el Domingo de Ramos según unos, hasta el Jueves Santo según otros; en la enumeración de “cuarenta” días unos computan los domingos y otros no.

Para el hispano –sobre todo para los mexicanos– es éste uno de los días más significativos. Virgilio Elizondo, en su libro *Galilean Journey*, explica cómo el Miércoles de Ceniza no es principalmente para los mexicanos ni el principio de la Cuaresma ni el inicio de una serie de sacrificios, sino una renovación cáltica de comunión con la Madre Tierra, porque la Tierra ha sido siempre sagrada para el mexicano y quiere mantener una identidad fundamental con ella. Ese miércoles casi todas las iglesias se llenan de fieles y al final del acto, algunos feligreses mexicanos piden que se les dé algo de ceniza para imponérsela ellos mismos a los enfermos que no han podido asistir a la celebración.

Tenemos en esta práctica religiosa un ejemplo de la simbiosis ecuménica que los hispanos están originando en este país de acogida. Algunas confesiones cristianas que no celebraban el Miércoles de Ceniza lo están implantando para, de este modo, complacer la demanda espiritual de los latinos.

Misas de Aguinaldo

Los misioneros españoles observaron que los antiguos mexicanos celebraban el nacimiento del dios Huitzilopochtli en el mes de diciembre, del día 7 al 26. La festividad para conmemorar el nacimiento del dios azteca era la más importante de su calendario. Empezaba a medianoche y continuaba durante todo el día siguiente, con abundancia de música, bailes, y discursos.

Esa temporada coincidía con la preparación de la Navidad cristiana. Los misioneros pensaron que sería fácil enmascarar la fiesta del nacimiento del Hijo de Dios tras la dedicada al dios azteca. Así fue cómo el franciscano fray Pedro de Gante, en 1538, celebró la primera misa de Navidad en México a la que invitó a los indios de todos los alrededores. Vinieron de todas partes, incluso enfermos. No cabían en la propia iglesia y muchos tuvieron que seguir la ceremonia desde fuera, pero con gran devoción. Los indios se entregaron a esta festividad con toda el alma, y la asistencia crecía cada año. En 1587, fray Diego de Soria, prior del convento de San Agustín Acolman, decidió pedir permiso al papa Sixto V para celebrar las misas de Navidad al aire libre en los atrios de las iglesias. Obtenido dicho permiso, todos los años del 16 al 24 de diciembre empezaron a celebrarse unas misas que se llamaron *misas de aguinaldo*; durante las misas se intercalaban pasajes y escenas de la Navidad.

La idea de celebrar una novena de días recordando el viaje de José y María a Belén (Lc 2,1-7), se le atribuye a san Ignacio de Loyola. Las primeras “jornadas” se fueron enriqueciendo con la costumbre franciscana de representar a José y a María con imágenes.

En 1796 el arzobispo de México se quejó del excesivo alboroto que se originaba durante las misas de aguinaldo, con ruidos de silbatos, maracas, panderetas, y al hecho de comer frutas y dulces durante la ceremonia. Con el tiempo también se añadieron a esta celebración otros elementos como luces de bengala, cohetes, piñatas, villancicos, e incluso cantos poco religiosos (Ver **posadas**).

Misa del Gallo

Es la misa que se celebra el día 24 de diciembre por la noche para conmemorar el nacimiento del Niño Dios. Según algunos, la Iglesia tomó esta costumbre de la liturgia celebrada en Jerusalén, donde se celebraban tres misas por el nacimiento de Jesús: la primera en la cueva de la natividad, simbolizaba el nacimiento del Señor; la segunda al amanecer del día 25, como signo de la resurrección; y la tercera en el templo, siendo ésta el oficio solemne de día. Roma quiso imitar a la costumbre que se realizaba en Jerusalén y celebraba la misa de la noche en el altar del pesebre en Santa María la Mayor; la segunda al amanecer, recordando la resurrección, y la tercera en San Pedro. Sin embargo, esto no sucede hasta mediados o finales del siglo IV, que es cuando se introdujo la costumbre de celebrar al nacimiento de Jesús.

Según cuenta una leyenda antigua, el primer animal que anunció el nacimiento del Niño fue el gallo. Tal vez la celebración de la misa se asociara con él por la función de esta ave de anunciar diariamente el nacimiento del sol, el nuevo día. Jesús representa el nuevo nacimiento para la Humanidad.

A través de los tiempos la Misa del Gallo se ha celebrado con diferentes costumbres afines a la cultura de los pueblos. En algunos lugares de México, al principio de la misa se canta alguna de las letras para pedir posada. En la procesión de entrada, José y María caminan hacia el frente de la Iglesia y se sientan al lado del nacimiento. En el ofertorio unos padrinos traen en procesión, con las demás ofrendas, al Niño Jesús. Al llegar al nacimiento, se lo entregan a José y María, quienes lo colocan en la cuna o en el pesebre, acto conocido como la *acostada del Niño*. Todo esto se realiza acompañados con el canto de villancicos. (Ver **posadas**)

Misa de Navidad (Ver **posadas**)

N

Novena

La novena hace referencia a la costumbre de rezar en honor de algún santo o de la Virgen, durante nueve días, al final de los cuales se espera conseguir una gracia o indulgencia. Su origen es relativamente moderno en la Iglesia, pues data probablemente del siglo XVII a partir de la costumbre de prepararse para la Navidad en Francia y en España. Sin embargo, su fundamento bíblico algunos creen encontrarlo en los Hechos de los Apóstoles 1,3, donde encontramos a los Apóstoles y a María, madre de Jesús, en oración esperando la venida del Espíritu Santo.

Las novenas se pueden observar en las más variadas circunstancias y seguir diferente modelos, con una combinación de estos actos: eucaristía, rosario, predicación, etc. Además de la devoción buscada hay un elemento educacional si el predicador o predicadores aprovechan el tiempo para ofrecer sana doctrina al pueblo.

Las novenas, que desaparecieron en algunos lugares después de la Reforma litúrgica, todavía se practican en muchos países. Una de las novenas más populares es la que se observan antes de la fiesta de la Virgen de Guadalupe.

Así mismo, una costumbre muy arraigada entre las familias es la de celebrar una novena o *novenario* de rosarios o misas por un difunto que acaba de partir. En el caso del *novenario*, normalmente se hace en las casas donde pueden asistir amigos y familiares acompañando a la familia en luto. Un líder –normalmente una mujer que conoce bien la costumbre– reza el rosario y se intercalan algunas canciones conocidas. En la habitación donde se llevan a cabo los rezos se ha preparado una especie de altar con velas, flores y la foto del familiar muerto. El último concluye con el rito de levantar una cruz en la que se han grabado las fechas del nacimiento y muerte del difunto, mientras tanto los asistentes rezan ante la cruz un himno tradicional que proclama la salvación y resurrección de Cristo. Termina la ceremonia con un convite.

Nuestra Señora de la Altagracia

La República Dominicana cuenta con dos famosas devociones marinas: nuestra Señora de la Merced, establecida en 1616, durante el dominio colonial español, y nuestra Señora de la Altagracia, protectora y reina del corazón de los dominicanos. Ambas son patronas del pueblo dominicano. Aquí presentamos sólo a nuestra Señora de la Altagracia. “*Altagracia*” significa que por ella llegó el Salvador del mundo. Para los dominicanos el apelativo cariñoso de esta advocación es, “*Tatica, la de Higüey*”.

Parece ser que la devoción a la Virgen de la Altagracia se remonta al año 1502 en la isla de Santo Domingo, debido a un cuadro pintado al óleo y traído de España por los hermanos Alfonso y Antonio Trejo. Cuando los hermanos se trasladaron a la ciudad de Higüey se llevaron la imagen, que más tarde donaron a la parroquia del pueblo para que pudiera ser venerada. El primer santuario dedicado a la Virgen de la Altagracia data de 1572.

Sin embargo, la piedad del pueblo, mezclada con la imaginación, cuenta que un mercader se dirigió de Higüey a la ciudad de Ozam, en Santo Domingo, con el fin de vender ganado y comprar otras mercancías, pero también llevaba el encargo de la menor de sus dos hijas –a quien llamaban la Niña– de que le trajera un cuadro de nuestra Señora de la Altagracia. El padre nunca había oído hablar de tal virgen. De vuelta, y entrada ya la noche, decidió pernoctar en casa de un viejo amigo, a quien contó la tristeza su pesar de no poder complacer a su hija, pues él mismo no creía que existiera tal virgen. Con la familia se encontraba un anciano de barba blanca que había pedido que le dejaran pasar la noche. Al oír decir que no existía la Virgen de la Altagracia, se levantó y sacó de sus alforjas un lienzo que mostraba a una virgen adorando al Niño Jesús: era la Virgen de la Altagracia. Por la mañana el anciano había desaparecido misteriosamente.

La Niña, rebosando de alegría, recibió al padre en el mismo lugar donde hoy se encuentra el Santuario de Higüey. Mostró a todos los concurrentes la adorada imagen y, desde ese momento, el 21 de enero quedó establecido el culto y devoción a la Virgen de la Altagracia, que en un principio fue conocida como “*Virgen de la Niña*”.

Nuestra Señora de la Altagracia fue coronada la primera vez en el pontificado de Pío XI, el 15 de agosto de 1922. La basílica actual se consagró en 1971. La segunda vez fue el papa Juan Pablo II, en su visita a Santo Domingo el 25 de enero de 1979, quien coronó personalmente la imagen con una diadema de plata sobredorada, regalo personal a la primera evangelizadora de las Américas. Los dominicanos profesan tanto amor y devoción a esta Virgen como los mexicanos a la de Guadalupe.

Nuestra Señora de los Ángeles

Es la reina y patrona de Costa Rica. El 2 de agosto de 1635, un día muy de mañana, una pobre mestiza, de nombre Juana Pereira, se encaminaba a las afueras del pueblo a recoger la leña necesaria para los afanes del hogar. Entre los arbustos descubrió una pequeña imagen de la Virgen, labrada en piedra oscura y colocada sobre una gran roca al margen del camino. Se la llevó a casa y la guardó, mas la estatuilla desaparecía y volvía a reaparecer sobre la roca del camino. Esto se repitió hasta en cinco ocasiones. Ni siquiera el cura parroquial podía controlar las desapariciones de la Virgen. Al final todos comprendieron que era deseo de la Virgen permanecer sobre la roca en que la habían encontrado.

Los vecinos decidieron edificar una ermita en el lugar del hallazgo, y más tarde, digno de ella, un templo cuya construcción terminó en 1681. Sin embargo, en el terremoto de enero de 1715, la iglesia quedó destruida. Por otras cinco veces los fieles se vieron obligados a reedificar el templo destruido por los terremotos. Sin desanimarse, los devotos costarricenses edificaron la actual basílica, que se terminó en 1930. Su sólida estructura ha resistido ya varios temblores de tierra.

La “*Negrita*”, como la llaman los costarricenses, fue solemnemente coronada el 25 de abril de 1926. El Papa Pío XI elevó el santuario a la dignidad de Basílica menor.

Todos los años, el día 2 de agosto, llegan miles de devotos, no sólo de Costa Rica sino de otros países vecinos. Y muchos entran de rodillas en el santuario. La roca donde se encontró la imagen se ha ido desgastando poco a poco por el roce de miles de manos que la han acariciado. Bajo la roca brota un manantial cuyas aguas recogen los devotos.

Nuestra Señora del Carmen de Maipú

La patrona de la orden carmelitana remonta su origen a los monjes del Monte Carmelo en Tierra Santa. Sin embargo, en este caso, la Virgen carmelitana se convierte en patrona de Chile gracias a la devoción del pueblo.

En las guerras de Independencia, los nacionalistas chilenos adoptan como patrona del ejército a la Virgen del Carmen.

El 5 de enero de 1817 el General José de San Martín, coloca su bastón de mando en la mano derecha de la imagen de la Virgen, jurando reconocerla como Patrona del Ejército de los Andes. El General Bernardo O’Higgins proclama a la Virgen Patrona y Generala de las Armas Chilenas, en vísperas de la batalla de Chacabuco.

En 1818, ante el avance de las fuerzas españolas, tanto el pueblo como los líderes prometen en la catedral elevarle un templo a la Virgen allí donde consigan la última batalla victoriosa y sea firmada la libertad de Chile. Así, a raíz del triunfo conseguido en la batalla de Maipú, se inicia ese mismo año de 1818, la construcción de un santuario que se terminó en 1892. El templo actual se inauguró en 1974. En él se venera la imagen de la Virgen del Carmen que en el año 1785 don Martín de Lecuna encargara a un escultor de Quito, Ecuador. Mientras la fiesta de la Virgen del Carmen tiene lugar el 16 de julio, los chilenos celebran la fiesta de su Virgen el último domingo de septiembre.

Queremos indicar aquí que lo anteriormente expuesto resulta un tanto macabro para nuestra sensibilidad moderna. Sin embargo, no olvide el lector que se trata del fervor popular y no de si la Virgen fue partidista y optó por un bando u otro.

Nuestra Señora de Chiquinquirá

Según la tradición, a mediados del siglo XVI, don Antonio de Santana, encomendero de las localidades de Suta y Chiquinquirá, en Colombia, encargó al pintor español Alonso de Narváez que pintara un cuadro con la imagen de la Virgen del Rosario. Y así lo hizo, sobre una tela de algodón de procedencia indígena. A los lados de la Virgen colocó al apóstol san Andrés y a san Antonio de Padua.

En 1562 don Antonio colocó el cuadro en una pobre capilla techada de paja por donde se filtraban el agua y la humedad del ambiente. Con el tiempo el lienzo se fue deteriorando y las figuras quedaron casi irreconocibles. A la muerte de Santana, su viuda

se trasladó a Chiquinquirá y llevó el lienzo con ella, pero, por las condiciones que presentaba, lo abandonó en un cuarto que en el pasado había servido de oratorio.

En 1586 se estableció en la ciudad María Ramos, una piadosa mujer sevillana que reparó el oratorio y colgó en el mejor lugar la deteriorada pintura de la Virgen. El 26 de diciembre de 1586, María salía de la capilla, cuando pasó frente a ella una indígena llamada Isabel con su pequeño hijo. En ese momento la indígena pidió a María que mirara al cuadro. La imagen del cuadro parecía rodeada de vivos resplandores. Al parecer, los colores y el brillo original habían reaparecido y prodigiosamente se habían restaurado instantáneamente. De esta manera se inició la devoción a “*La Chinita*”, como la llaman los colombianos. Con todo, el cuadro todavía conserva las huellas del pasado deterioro; de cerca las figuras se ven borrosas, mas a cierta distancia adquieren profundidad y relieve.

Durante trescientos años el cuadro se presentó a los fieles sin protección alguna; los devotos se las arreglaban para llegar al lienzo y tocarlo con diversos objetos. Pero desde 1897 la pintura ya está protegida por un grueso cristal.

El papa Pío VII, en 1829, declaró a esta Virgen patrona de Colombia y fue coronada en 1919, y su santuario declarado basílica en 1927.

Nuestra Señora de Coromoto

A mediados del siglo XVII en la región del Guarané, Venezuela, existía un grupo de indios llamados “*coromotos*” que se resistía a la evangelización llevada a cabo por los religiosos franciscanos. Los coromotos se habían retirado de la zona ocupada por los españoles e internado en la selva situada al noroeste de la ciudad de Guarané. Quien más resistía la acción evangelizadora era el cacique de la tribu. Cierta día del año 1651, dirigiéndose con su esposa a labrar una tierra que tenía en una zona de la montaña, al llegar a una quebrada del río Tucupido, se les apareció una hermosa señora con un niño en los brazos; caminando sobre las aguas y sonriente le habló al cacique en su propio idioma, instándole a que llevase a toda su tribu a recibir las aguas bautismales y poder de esa manera, entrar en el cielo.

Impresionado por la aparición y las palabras de la señora, y acompañado de toda su tribu acepta recibir la instrucción religiosa. Los alcaldes de Guarané, Baltazar Rivero de Losada y Salvador Serrada Centeno, dispusieron que los indios se quedaran en el pueblo hasta terminada la formación cristiana. Algunos se iban convirtiendo poco a poco. Sin embargo, el cacique no aguantó el nuevo estilo de vida y terminó marchándose de nuevo a lo espeso de la selva. Otro día se encontraban en la choza del indio, su mujer, su hermana Isabel y un hijo de esta última, de doce años de edad. Entonces llega el cacique todo apenado, atormentado por dudas interiores. En ese momento se aparece otra vez la Virgen María iluminada por rayos “como los del sol cuando está en el mediodía”, según testimonio de la india Isabel. El cacique resiste a la dulzura de la Virgen y se decide a atacarla para que le deje en paz; cuando trata de hacerlo, extendiendo con ira su mano, la Virgen desaparece. En el puño del indio quedó un pedacito del manto con la imagen de la Señora grabada.

Aquella imagen diminuta es la que se venera en el santuario nacional de Guarané. El 7 de octubre de 1944, Pío XII la declaró “Patrona de la República de Venezuela” y el santuario fue declarado Basílica por el mismo Papa el 24 de mayo de 1949. Además, fue

coronada el 1 de septiembre de 1952. Los venezolanos celebran su fiesta hasta en tres ocasiones cada año, el 2 de febrero, el 8 y 11 de septiembre.

Nuestra Señora de la Divina Providencia

Esta devoción tiene su origen en Italia hacia el siglo XIII pasando después a la Península Ibérica donde se erigió un santuario en Tarragona, Cataluña.

El catalán Gil Esteves y Tomás, nombrado obispo de Puerto Rico, trajo consigo esta devoción de sus años jóvenes, estableciendo la fiesta el día 2 de enero de 1853 con una imagen tallada por un escultor barcelonés. Al llegar a Puerto Rico y ver la situación en que se encontraba la diócesis y la catedral, recurrió a la providencia de María. En cinco años pudo construir un templo nuevo y dedicar ambos a la Virgen de la Providencia.

En 1913, cuando se celebró el cuarto centenario del comienzo de la evangelización, se acuñó una medalla con estas palabras: “*Nuestra Señora de la Providencia, Patrona de Puerto Rico*”.

El 19 de noviembre de 1969, el papa Pablo VI declaró a nuestra Señora de la Divina Providencia patrona principal de la isla de Puerto Rico, y también declaró que su fiesta se trasladara del 2 de enero al 19 de noviembre, fecha que conmemora el descubrimiento de la isla boricua.

La imagen que trajera el obispo Gil en 1853, fue la elegida para ser coronada durante la reunión del Consejo Episcopal Latino Americano, celebrado en San Juan de Puerto Rico el 5 de noviembre de 1976.

Nuestra Señora de Luján

La historia de esta Virgen se remonta al año 1630, cuando un portugués que residía en la ciudad de Córdoba de Tucumán, Argentina, quiso dedicar una capilla a la Virgen. Solicitó de un amigo brasileño el envío de una imagen. Éste le mandó en cajas de madera dos imágenes, una de la Virgen que hoy se venera en el santuario de Luján y otra del Niño Jesús, venerada en Sumampa.

Según la tradición, la carreta tirada por bueyes que llevaba las imágenes de Buenos Aires a Tucumán, se detuvo a orillas del río Luján. Los bueyes, definitivamente, no querían avanzar. Cambiaron los animales, se redujo la carga, pero tampoco así se pusieron en marcha. Alguien reparó en las dos cajas que contenían las imágenes. Decidieron bajarlas y sólo entonces los bueyes empezaron a caminar. Las volvieron a subir a la carreta, y los bueyes no avanzaban. Subieron la caja que contenía la imagen de la Virgen y la carreta no andaba. Subían la del Niño Jesús y la carreta empezaba a moverse. Fue entonces cuando comprendieron que la imagen de la Virgen quería quedarse en el lugar.

Un tal Rosendo Oramas edificó una capilla donde se veneró la imagen a lo largo de cuarenta años. Posteriormente se levantó un santuario mayor, terminado en 1685, y el majestuoso y bello templo actual se construyó en el siglo XIX. La imagen fue coronada por orden del papa León XII, y Pío XII otorgó al santuario el título de basílica en 1930.

Así, aquel paraje desierto, por la devoción a la Virgen se convirtió en la bella ciudad de Luján, sita a unos sesenta kilómetros de Buenos Aires.

Nuestra Señora de la Merced

Es la patrona de Perú. Su devoción la difundieron los padres mercedarios, quienes en 1535, ya habían construido en Lima su iglesia conventual, que sirvió temporalmente hasta que se edificó un santuario mayor en 1540.

El origen de la advocación de la Merced data del siglo XIII. Hacia el año 1218, san Pedro Nolasco y Jaime I, Rey de Aragón y Cataluña, en la Península Ibérica, tuvieron por separado la misma visión de la Virgen que les pedía la fundación de una orden religiosa que se dedicara a rescatar a los cristianos cautivos del poder musulmán. Así nació la Orden de la Merced, aprobada en 1235 por el papa Gregorio IX. La orden puso en libertad a miles de cristianos prisioneros. Luego, en las Américas, la orden se dedicó a la enseñanza y las obras sociales.

La imagen de la Virgen de la Merced, que se venera en la Basílica que lleva su nombre en Lima, fue entronizada a comienzos del siglo XVII. En 1730 fue proclamada *Patrona de los campos de Perú* y en 1823 *Patrona de las armas de la República*. En el primer centenario de la Independencia de la nación, la imagen fue coronada y recibió el título de *Gran Mariscala de Perú*, el 24 de septiembre de 1921. Desde esa fecha la celebración anual de la Merced es fiesta nacional y el ejército le rinde honores de “*mariscala*”.

Nuestra Señora de la Paz

En 1682 unos comerciantes encontraron en las playas del sur de El Salvador una caja que no pudieron abrir. Pensando que pudiera contener algo de valor la cargaron, junto con sus pertenencias, sobre el burro que tenían y se dirigieron hacia la ciudad de San Miguel. Al pasar por delante de la iglesia parroquial, hoy catedral, el burro se tumbó sin querer dar otro paso. De nuevo intentaron abrir la caja, lo que lograron hacer ahora sin mayor dificultad. Dentro vieron una imagen de la Virgen con el Niño en sus brazos. La noticia se difundió rápidamente y las gentes vinieron a ver la imagen.

Nadie supo explicar el origen de aquella caja o de la imagen, pero los frutos de su presencia se notaron pronto, porque las gentes de aquellas comarcas –los monualcos y migueleños– que estaban guerreando, depusieron las armas y gozaron de un período de relativa paz. Colocaron la imagen en la parroquia de San Miguel y dieron a la Virgen el título de Nuestra Señora de la Paz.

El papa Benedicto XV concedió la coronación de la imagen, que se efectuó el 21 de noviembre de 1921. El nuevo templo dedicado a ella fue terminado en 1953.

Nuestra Señora del Quinche

La historia de esta devoción hunde sus raíces en tiempos de unos indios ecuatorianos, llamados Lumbicí, a finales del siglo XVI, quienes pidieron al famoso escultor don Diego de Robles que les tallara una imagen de la Virgen, igual a la que se encontraba en el santuario de Guápulo. Como los indios no pudieron pagarle el costo de la imagen, don Diego se la dio al pueblo Oyacachi a cambio de unas tablas de fino cedro. Aseguraban estos indios que ellos ya habían visto a esta Virgen en apariciones que habían tenido. Al parecer habían rezado mucho a la Madre de Jesús para que los librara de los ataques de osos que devoraban a sus hijos.

Los indios vistieron a la Virgen al estilo español y la colocaron sobre una peña. Muy pronto la imagen de la Virgen de Oyacachi se hizo famosa y dio renombre al pueblo. De todos los lugares vecinos llegaba la gente en romería a mostrarle su amor. Ello obligó a los indios a tener que erigir una iglesia donde colocar la estatua.

Un día don Diego visitó de nuevo el pueblo, y los indios aprovecharon la ocasión para rogarle que les construyera un altar donde colocar dignamente la estatua de la Virgen. Don Diego se negó y emprendió el regreso a la ciudad de Quito. Al pasar por el puente de un caudaloso río, el caballo se encabritó y lanzó al escultor fuera de su montura; al caer al suelo uno de sus pies quedó trabado entre los maderos del puente. Al verse en tan difícil situación suplicó a la Virgen de Oyacachi. Por suerte, dos caminantes que pasaban por allí le ayudaron a salir de tan aparatoso enredo. Cuando el escultor quiso darles las gracias, ya habían desaparecido, y así comprendió Diego que había sido una gracia del cielo. Regresó al pueblo y construyó el altar.

En 1604, por orden del obispo, la imagen se trasladó al pueblo de Quinche y se depositó en la iglesia parroquial, convertida en santuario de la Virgen. En 1630 ya se había construido un nuevo santuario. La última construcción del templo data del año 1905 y su consagración de 1928.

Los indios llaman afectuosamente a esta protectora divina, “*La Pequeñita*”. Fue coronada en 1943. La fiesta se celebra el 21 de noviembre. El templo actual fue declarado Santuario Nacional en 1985. Lllaman la atención sobre todo los cánticos dirigidos a la Virgen, unos escritos en jíbaro, otros en quechua y otros en un castellano antiguo de hace cuatrocientos años, que allí se conservan.

Nuestra Señora del Rosario

Es la patrona de Guatemala y su fiesta se celebra el 7 de octubre. Los misioneros dominicos se encargaron de difundir esta devoción en este país centroamericano. En 1592, un padre dominico llamado López de Montoya mandó hacer una imagen de la Virgen del Rosario que fuese dulce y celestial. Tres maestros, discípulos del platero sevillano Andrés Revollo, recibieron el encargo. La imagen que ellos crearon fue colocada en la iglesia de Santo Domingo de la ciudad de Guatemala.

Con ocasión de la protección obtenida de la Virgen durante los terremotos de 1651, la Ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala votó y juró a la Virgen del Rosario de la Cofradía del Convento de Santo Domingo como "*Patrona de la Ciudad contra los terremotos*". En 1792 se inició la construcción del actual y monumental templo de Santo Domingo. El 5 de noviembre de 1808 se entronizó a la Virgen en el nuevo templo.

La Virgen del Rosario fue proclamada Reina de Guatemala en 1833. El papa Pío XI declaró a la Virgen del Rosario Patrona de Guatemala. En 1969 Pablo VI elevó el templo de Santo Domingo a la dignidad de Basílica Pontificia de nuestra Señora del Rosario.

Nuestra Señora de Suyapa

Es la patrona de Honduras y su fiesta se celebra el día 3 de febrero. La primera ermita se bendijo en 1780. El templo actual es de grandes dimensiones, y recibió la visita del papa Juan Pablo II en 1983. En este enorme templo se encuentra la diminuta imagen de nuestra Señora de la Concepción, que un joven, Alejandro Colindres, y un niño de ocho años, Jorge Martínez, encontraron un día cuando regresaban a la aldea de Suyapa después de una jornada dura de trabajo.

La imagen tallada en cedro apenas mide seis centímetros y medio. Obra muy antigua y probablemente tallada por algún artista aficionado.

En 1925 Pío XII proclamó a nuestra Señora de Suyapa Patrona de la República de Honduras.

P

Pastorelas, Las

Torcuato de Tasso dio a conocer el género teatral conocido como "*fábula pastoril*" en el siglo XVI, en Italia. La palabra castellana procede de la italiana "*pastorella*" que significa pastorcilla. Las pastorelas son pequeñas obras teatrales derivadas de los autos sacramentales y moralizantes.

Las pastorelas llegaron a México por medio de los misioneros españoles, quienes observaron que tanto los aztecas como los mayas eran muy aficionados a las representaciones dramáticas de este modo. Vieron en ello una oportunidad propicia para enseñar los misterios de la salvación y así catequizar a los indígenas de este continente.

Según algunos, "*La adoración de los Reyes Magos*" creación de fray Andrés de Olmos, fue la primera pastorela compuesta en México (1527) y escrita en idioma náhuatl para facilitar su comprensión. Otros, por el contrario, creen que la primera pastorela se debe a fray Juan de Zumárraga, primer obispo de la Nueva España, quien en 1530 pidió que se escenificara, también en lengua náhuatl, la "*Natividad gozosa de nuestro Salvador*".

Las pastorelas se escribían en un lenguaje llano, con representación sencilla para que pudiera llegar al pueblo. En un ambiente festivo, se pedía al pueblo que participara tanto en la escenificación como en la decoración, con flores multicolores, música, cantos, y otros elementos parecidos.

El potencial catequizante de estas pastorelas condujo a los misioneros a posteriores representaciones que reflejaran no sólo las relacionadas con el nacimiento de Jesús, sino con todo el misterio de la salvación. Así, en ellas se fueron incluyendo enseñanzas sobre la creación, el pecado, la lucha entre el bien y el mal –entre ángeles y demonios–, dudas de profetas y otros personajes bíblicos, sobre el juicio final y el triunfo definitivo de Cristo. He aquí otros títulos de representaciones: “*La destrucción de Jerusalén*”, “*El sacrificio de Isaac*”, “*La caída de Adán y Eva*”, “*La tentación de Cristo*”, “*La predicación de San Francisco*”.

Pesebre

La escena que habla del pesebre bíblico -en Lucas 2,7,12 y 16- se fue configurando paulatinamente en distintos momentos de la historia. Al principio del siglo IV, con el Niño aparecen una vaca y un asno en las catacumbas de San Sebastián. A partir del año 431 se incluye a la Virgen María; y a finales de ese siglo se agrega también una estrella (Ver **belén**).

Piñata, La

No tenemos ninguna información acerca del origen de la piñata. No obstante, según la tradición más aceptada, parece ser que en el siglo XII Marco Polo conoció en Oriente una costumbre que llevó después a Italia. La palabra “*piñata*” parece ser de origen italiano, derivado de “*pignatta*”. Al parecer los chinos fabricaban unas figuras de animales recubiertas de papeles de colores que representaban las condiciones en que se desarrollaría el año agrícola y que estaban rellenas de semillas de cinco clases que caían desperdigadas cuando los mandarines las golpeaban con varas. Una vez vacía la figura se quemaba y la gente se procuraba sus cenizas a las que consideraban un signo de buena suerte.

En Europa fue adquiriendo la imagen actual. El primer domingo de Cuaresma se conocía como Domingo de Piñata. Una olla de barro llena de dulces y cubierta de colores se colgaba del techo para que algunos de los concurrentes, con los ojos vendados, la rompieran. Este acto recreativo dio lugar al “*baile de la piñata*”.

Los franciscanos llevaron la costumbre al Nuevo Continente y le confirieron al ingenioso juego un aire catequizante. La piñata brillantemente decorada simbolizaba la tentación que había que romper con la fuerza de la voluntad representada en el palo. Al penitente, con los ojos vendados, se le daban treinta y tres vueltas en recuerdo a los años que vivió Cristo, y sólo entonces se le dejaba que rompiera la figura, de la cual lloverían regalos obtenidos por el sacrificio que condujo a su quebrantamiento. Otras veces, la piñata simbolizaba las virtudes de *fe* porque caminamos con los ojos vendados: la *esperanza* porque miramos al cielo esperando el premio, y la *caridad* porque si rompemos la piñata podemos compartir regalos con los demás.

Según otra interpretación, los misioneros dieron a la olla forma de estrella con siete picos en recuerdo de los pecados capitales: la atracción hacia los mismos es tal que nos ciega los ojos, y con la fuerza del bastón (la voluntad) y el consejo de amigos y familiares, logramos romper (superar) la tentación y participar todos de los frutos que nos brinda el bien (dulces y regalos).

Aquella primitiva olla de barro se ha transformado en infinidad de figuras compuestas de variedad materiales y cubiertas con los más vistosos colores.

Antiguamente se cantaban villancicos durante este juego celebrado durante el tiempo navideño. Al extenderse su costumbre, en otras épocas se han ido creando otras canciones que se cantan durante el juego; de todas ellas, la más popular es: *no quiero oro ni quiero plata, yo lo que quiere es romper la piñata*.

Posadas, Las

Los misioneros españoles observaron que los antiguos mexicanos celebraban el nacimiento del dios Huitzilopochtli, en el mes de diciembre, del 7 al 26. Esta festividad era la más importante de su calendario. Empezaba a medianoche y continuaba todo el día siguiente, con abundancia de música, bailes y discursos.

Esa temporada coincidía con la preparación de la Navidad cristiana. Los misioneros pensaron que sería fácil incardinar la fiesta del nacimiento del Hijo de Dios tras la dedicada al dios azteca. Así fue cómo fray Pedro de Gante, en 1538, celebró la primera misa de Navidad en México a la que invitó a los indios de todos los alrededores. Llegaron de todas partes, incluso algunos enfermos. No cabían en la iglesia y muchos tuvieron que seguir la ceremonia desde el exterior, pero con gran devoción. Los indios se entregaron a esta festividad con toda el alma. La asistencia aumentaba cada año. En 1587, fray Diego de Soria, prior del convento de San Agustín Acolman, decidió pedir permiso al papa Sixto V para celebrar misas de Navidad al aire libre en los atrios de las iglesias. Obtenido dicho permiso, todos los años del 16 al 24 de diciembre empezaron a celebrarse unas misas que se denominaron *misas de aguinaldo*; entre las misas se intercalaban diferentes pasajes y escenas de la Navidad.

La idea de celebrar una novena de días recordando el viaje de José y María a Belén (Lc 2,1-7), se le atribuye a san Ignacio de Loyola. Las primeras “jornadas” –así se llamaban entonces– se fueron enriqueciendo con la costumbre franciscana de representar a José y a María con imágenes.

En 1796 el arzobispo de México se quejó del excesivo alboroto que se originaba durante las misas de aguinaldo, por los ruidos de silbatos, maracas, panderetas y por el hecho de comer frutas durante los actos religiosos. Con el tiempo también se fueron añadiendo a esta celebración otros elementos como luces de bengala, cohetes, piñatas, villancicos e incluso cantos no religiosos.

Así, las posadas no fueron al principio como se las conoce en la actualidad. Las misas, que habían empezado con mucha devoción religiosa, se fueron transformando en algo con un carácter más popular y festivo, por lo que esas “jornadas” o “posadas” empezaron a celebrarse en las casas y los barrios de las ciudades pero sin perder su carácter religioso.

Posada, es una palabra que significa “*albergue*”. Las posadas desde su origen han sido una costumbre llena de encanto. El rito completo se realiza en una novena de días en preparación para la fiesta de la Natividad del Señor. Comienzan el 16 de diciembre, y terminan el día 24 en la “misa del gallo” o misa de medianoche.

Las posadas pronto se extendieron a otras iglesias de México y a países vecinos. En estas celebraciones los “peregrinos” iban de casa en casa encabezados por el “ángel”, que conducía un burrito donde iba sentada la Virgen; a su lado iba san José. Después se pedía posada; los dueños de la casa abrían la puerta y todos participaban de la colación que los dueños ofrecían.

Parte integral de las posadas es el altar donde se colocan las estatuas de los santos peregrinos. Se puede conseguir también la estatua con el conjunto de san José guiando al burro donde va montada la Virgen. Durante la procesión se ponen esas estatuas en andas bien amarradas para poder llevarlas a hombros. Las iglesias que no tienen esas figuras pueden colocar la imagen de la Virgen en un altarcito. El orden de la ceremonia podría ser el siguiente u otro parecido:

Un cántico de reunión. Un saludo que lo puede hacer el sacerdote o un seglar. La lectura del pasaje evangélico. He aquí las nueve lecturas: Lc 1,26-33; Lc 1,31.34-38; Mateo 1,18-21; Lc 1,39-45; Lc 2,1-7; Lc 2,8-14; Lc 2,15-18; Juan 1,6-7; 9-12; 14; Lc 2,6-7. Unas peticiones y finalmente una procesión durante la cual se cantan villancicos.

Desde la iglesia (o la casa) donde se ha celebrado el rito introductorio, se dirigen a la casa que le toca recibir a los “peregrinos”. Delante va el monaguillo con la cruz. Le siguen los demás con faroles o velas encendidas. Al final van los portadores de las estatuas de la Virgen y san José. Si no se va a las casas, se puede salir de la iglesia quedándose algunos dentro. Entonces se cantan los versos para pedir posada y al final del canto se abren las puertas para dar posada a los peregrinos y se canta y se brindan refrescos y repostería, comida típica, incluso se puede tener una piñata (Ver **piñata**). Al final, se suele dar a todos los niños una bolsa de aguinaldo (Ver **aguinaldo** y **misas de aguinaldo**).

Si no se puede hacer la novena, todo este ceremonial se realiza en un solo día. En este caso todos van en procesión a “pedir posada” llamando a la puerta de algunos de los vecinos, quienes le niegan posada, hasta que llegan a la casa donde se concluye el acto religioso-festivo.

La devoción de las posadas no es complicada, ni debe serlo, puesto que se puede modificar según las costumbres y tradiciones de la región o de la iglesia.

Hay que destacar que esta costumbre tiene un significado pastoral importante. Es una preparación para la venida de Jesús. Cuando el Salvador del mundo iba a nacer, José y María no encontraron posada en el mundo. Un mundo en tinieblas que no reconoció al Mesías cuando llegó pidiendo albergue.

Presentación de un niño

El pueblo suele pedir al sacerdote la *presentación* de un hijo, término que resulta un tanto confuso porque, después de indagar qué es lo que desean, las más de las veces lo que piden es una misa de acción de gracias por un niño que cumple los tres años (Los mexicanos también usan el término *consagración*). En este caso, con frecuencia, desean una misa para el niño o la niña, para dar gracias a Dios porque ha superado una etapa peligrosa”, –de mucha mortandad todavía en muchos lugares de la Tierra. (Ver **tres años**). En otros casos lo que desean no es más que presentar en el templo al recién nacido (Lc 2, 22-24), –normalmente dentro de los cuarenta días después del parto–. En este caso, no piden ninguna misa especial, sino una oración y la bendición, ante lo cual el sacerdote le puede preguntar a la pareja si harán lo posible para bautizar al niño cuanto antes.

Se ha de recordar, una vez más, que, basándose en la Biblia, estas costumbres fueron introducidas hace cientos de años por los misioneros españoles llegados al Nuevo Mundo, y el pueblo las ha ido conservando fielmente.

Q

Quinceañera, La

Se desconoce el origen exacto de esta costumbre festivo religiosa. Algunos creen que su origen data de hace más de quinientos años y enlaza con las costumbres rituales de los aztecas, mayas y toltecas.

Se trata de un rito de transición de una etapa de la vida a otra diferente, de madurez superior. La mayoría de las culturas cuentan en su haber con ritos de paso de este tipo. Sabemos que las tribus primitivas llevaban a sus jóvenes varones lejos del poblado y se internaban en lo espeso de la selva, donde debían vivir cierto tiempo. Si concluido el período indicado regresaban a la tribu, se los investía como guerreros, y eran reconocidos como varones maduros, aptos para formar un hogar, ya que habían demostrado ingenio y maestría suficientes para poder ser jefes de familia.

Se desconoce si había una práctica paralela para las mujeres. Sin embargo, alguien pensó que también las niñas llegaban a un momento de la vida en que dejaban de serlo para convertirse en posibles madres, y era oportuno establecer un rito para reconocer esa nueva etapa. De ahí surgió el rito de paso para las jóvenes. Llegadas a cierta edad, los padres agradecían a la divinidad el don de la vida manifestado en sus hijas, y pedían ayuda para que éstas, a su vez, pudieran alumbrar una nueva vida. Así, de niñas pasaban a ser futuras madres. Luego se celebraba una fiesta en casa con comida, música y baile. Más adelante ese acto se “cristianizó” en la forma actual de la quinceañera que hoy conocemos.

Como el pueblo lo demanda, este rito litúrgico es practicado por casi todas las confesiones cristianas en Latinoamérica y en Estados Unidos. Litúrgicamente varía en pequeños detalles de un lugar a otro. Puede celebrarse sin eucaristía, pero lo más común es que se haga dentro de la misma. En el sermón se invita, tanto a la quinceañera como a los jóvenes presentes, a reflexionar sobre el momento crucial en el que se encuentran en la vida, cómo ahora deben mirar hacia el futuro que comprende el vivir en esta sociedad y también prepararse para la vida del cielo. Se ha de evitar mención alguna de que la quinceañera ya es casadera, pues se encuentra en una edad todavía inmadura. También se ha de insistir en la oportunidad de iniciar un camino de madurez social, intelectual y espiritual.

Después del sermón se pide a la quinceañera que renueve las promesas del bautismo y lea una oración de acción de gracias por la vida que Dios le ha otorgado. En este momento algunos padrinos entregan regalos especiales a la jovencita. La liturgia puede continuar con la paz y la eucaristía o, después de la paz, con alguna oración de despedida.

En esta costumbre debe reinar la flexibilidad y el sentido común del ministro. Aquellos que la rechazan debieran tener muy presente que son los propios jóvenes quienes están ofreciendo una excelente oportunidad pastoral y de acercamiento a la iglesia.

R

Reyes Magos, Los

La costumbre de “*Los Reyes Magos*” tiene su fundamento indirecto en la fiesta de la Epifanía, cuando se celebra la manifestación de Dios a todas las naciones, según la narración bíblica de Mateo 2.

La fiesta de la Epifanía se celebra en España y en muchos países latinos con el nombre popular de día de Reyes. Un día lleno de atractivo para los niños, que esperan ilusionados sus juguetes y regalos. A partir del siglo XIX se introduce la costumbre de que, durante la tarde-noche del día 5, se celebren cabalgatas con cortejos que acompañan a tres reyes engalanados en todo su esplendor y que desfilan por las calles de las ciudades lanzando caramelos entre los niños. En la madrugada dejan juguetes a los niños que se han portado bien durante todo el año. Para evaluar su comportamiento, los reyes cuentan con unos duendes encargados de

espiar sigilosamente a los niños. En caso de no haberse portado bien, es Baltasar (uno de los reyes) quien debe dejar, en castigo, carbón o leña. Para que los reyes dejen regalos los niños, deben haber dejado previamente sus zapatos a la puerta, en los balcones o en las repisas de las ventanas, así como paja y agua para los camellos y caballos; modernamente también pueden colocarlos debajo del árbol de Navidad.

Muchos elementos de esta fiesta popular se fueron añadiendo durante la Edad Media. Se dan muchas hipótesis para explicar la transformación de magos en reyes, una de las más plausibles puede tener fundamento en el salmo 72, 10-11, y 15: *“Los reyes de Tarsis y las islas traerán tributo. Los reyes de Sabá y de Seba pagarán impuestos; todos los reyes se prostrarán ante él, le servirán todas las naciones y mientras viva se le dará oro de Sabá”*. El número de tres tal vez esté basado en los tres regalos de la narración bíblica. Sin embargo, en algunas representaciones antiguas sólo aparecen dos, así en una pintura del cementerio de San Pedro y San Marcelino; en el cementerio de Domitila son cuatro, y en un jarrón en el Museo Kircher, son ocho; para la tradición ortodoxa son doce, de ahí surgen los doce días de Navidad. Los nombres de Melchor, Gaspar y Baltasar aparecen en un mosaico bizantino del año 520, ubicado en Ravena. Tanto el nombre (de los tres reyes) como su número se popularizan definitivamente a partir del siglo IX siguiendo el texto de Beda el Venerable, en su *Collectánea*.

Baltasar entrega la mirra, el joven Gaspar el incienso y el anciano Melchor el oro. El oro, libre de imperfecciones, simboliza la realeza, la riqueza, el poder, el honor y la lealtad. El incienso es símbolo de la divinidad, de adoración a Dios. La mirra simboliza la humanidad del niño, que ha de sacrificarse y morir. Hasta el siglo VI los reyes eran representados blancos, sin diferencia de razas, a lo sumo se podía hablar de Baltasar como de tez morena, pero nunca negra. Baltasar se convirtió en rey negro a partir del siglo XVI, cuando se asocia los tres magos con los hijos de Noé en el Antiguo Testamento, y que representaban a las tres razas conocidas hasta el momento. Según eso, Baltasar sería africano, Melchor europeo y Gaspar representaría a un semita de Asia.

La celebración de esta fiesta adquiere características especiales en cada país, y dentro de un país varía de lugar a lugar. En Puerto Rico se ha hecho famosa la fiesta de los Reyes de Juana Díaz. Juana Díaz es un pueblo ubicado al sur de la isla. Por el lado Este del pueblo entra un desfile de pastores que se encuentra con los Reyes Magos en la plaza del pueblo, donde dialogan sobre el significado de la Epifanía. A continuación se celebra una misa al aire libre y luego se representa la adoración de los reyes, basada en una obra teatral medieval. También son famosos en Puerto Rico los Velorios de los Reyes. Consiste en rezos y cánticos a los Reyes Magos, cuyas imágenes, en valiosísimas tallas de madera, se encuentran depositadas en un altar adornado con motivos típicos y que recuerda al nacimiento navideño. El velorio tiene lugar normalmente en la víspera del día de Reyes, pero con frecuencia continúa después de la fiesta. Los velorios son fruto de una promesa hecha a los tres Reyes Magos por un favor recibido. Los creyentes continúan la tradición al tener la certidumbre de que su discontinuidad les acarrearía algún mal. Algunos organizan “parrandas” consistentes en grupos que van cantando villancicos por las casas del vecindario, antes del día de Reyes, para recibir “aguinaldos” y que se traducen en ayudas económicas o materiales para proveer obsequios y comida en los velorios.

En Venezuela, en Capacho, estado de Táchira, son populares las escenificaciones de *“El pesebre viviente”*, la *“Bajada de los Reyes Magos”*, la *“Degollación de los Inocentes”* y *“La muerte de Herodes”*. En España, en Alicante se celebra el auto sacramental más antiguo de este tipo con más de doscientos años, llamado: *“La venida y adoración de los Reyes Magos al Niño Jesús”*.

Romerías

Romería es el término típico para designar la peregrinación a un santuario o lugar sagrado. El día de la fiesta del patrono o patrona del pueblo, la romería puede adquirir la forma de una procesión religiosa o un continuo caminar, en grupo, en familias, o individualmente, al santuario para mostrar allí la devoción al santo o cumplir con las mandas o promesas hechas por los romeros. Históricamente el nombre proviene de las peregrinaciones que los fieles realizaban a Roma, ciudad santa. En España se han generalizado y multiplicado las romerías en todos los pueblos y aldeas de la Península. La romería y peregrinación más importante de España es el Camino de Santiago, que tiene como meta la ciudad del apóstol Santiago, Santiago de Compostela. Las romerías destacan el carácter festivo y alegre de las fiestas religiosas.

Rosario, El

El origen de la devoción del rosario es fruto de una lenta evolución. Monjes primitivos hablan de la costumbre de repetir cierto número de veces una determinada oración ayudados por un objeto manual consistente en una sarta de cuentas, que podían ser de piedra, madera u otro material oportuno. En Oriente se acostumbró a repetir *Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten compasión de mí*. En Occidente, al principio se impuso la repetición del *padrenuestro*, que era visto como la recitación de los salmos para la gente que no sabía leer. A partir de los siglos XII y XIII se impuso la recitación del *Salterio mariano*, que estaba compuesto de ciento cincuenta avemarías repartidas en décadas; pero en la forma que conocemos el rosario no aparece hasta el siglo XV, gracias al dominico, Alano de la Rupe (1428-1475), que utilizó esta devoción para reavivar la Cofradía Dominicana de la Virgen María.

La leyenda según la cual la Virgen se le apareció a santo Domingo de Guzmán en 1208 y le enseñó a rezar el rosario para luchar contra la herejía albigense, se debe a las revelaciones que Alano de la Rupe aseguró haber tenido. A partir de ese momento la devoción del rosario se propagó gracias a las cofradías dominicanas que la mantuvieron bajo su control exclusivo, a ellos concedido en 1559 por el papa Pío V. Como consecuencia de ese privilegio, hasta 1984, sólo los dominicos –y sacerdotes con facultades especiales– podían bendecir los rosarios.

La devoción del rosario consistía en quince misterios divididos en tres partes, distintas cada una de ellas, y conteniendo cinco décadas de avemarías –más adelante indicaremos que hoy son veinte misterios–. Los misterios se conocen bajo los términos genéricos de *gozosos*, *dolorosos* y *gloriosos*. Antes de iniciar cada década se menciona el misterio pertinente, se reza un padrenuestro y se continúa con las diez avemarías. El objetivo es el de una meditación subconsciente al mismo tiempo que se van rezando las avemarías. Un posible peligro que es necesario advertir es el de caer en una rutina mecánica, monótona y carente de sentido.

La fiesta de nuestra Señora del Rosario el día 7 de octubre, la instituyó Pío V en 1572 para conmemorar la victoria de los cristianos sobre los turcos en la batalla de Lepanto (1571).

El 16 de octubre de 2002, el papa Juan Pablo II, para conmemorar el veinticinco aniversario de su pontificado promulgó una Carta apostólica, con el título *Rosarium Virginis Mariae (El rosario de la Virgen María)*. En esta excelente Carta, el Papa da una visión general del rosario, recordando primero, la promoción que del mismo hicieron Papas como León XII, Juan XXIII y Pablo VI, y luego, señalando todos los puntos positivos del mismo, afirma que esta devoción es una invitación a la contemplación de todo el misterio cristiano (5).

Considera el rosario como una auténtica oración contemplativa y que, precisamente para superar la mecánica recitación del mismo, se han de contemplar los misterios de la vida de Cristo. Considera también el rosario como un “compendio del evangelio”, compendio al que,

para que sea completo, cree que es necesario añadir una serie nueva de misterios que decide llamar “misterios de la luz”. Esos cinco misterios son los siguientes:

1. El bautismo de Jesús en el Jordán,
2. Su manifestación en las bodas de Caná,
3. La proclamación del reinado de Dios,
4. La transfiguración del Señor,
5. La institución de la Eucaristía.

El rosario, por tanto, es una oración privada y comunitaria. En privado se puede recitar en cualquier momento, o comunitariamente en circunstancias especiales, como la arraigada costumbre de hacerlo en el momento de la muerte. Es una devoción, que, como apunta el Papa, no debe restar nada a la acción litúrgica, sino que, rezado con devoción, debe conducir a ella.

Además del clásico rosario hay otros como el de los Servitas, con siete secciones en recuerdo de los siete dolores de la Virgen María, donde cada sección consta de un padrenuestro y siete avemarías. El rosario anglicano simboliza la *rueda* del tiempo. La oración que se hace, siguiendo la *rueda* del rosario, representa el peregrinaje espiritual cristiano siguiendo a Cristo como Señor. El rosario consta de treinta y tres cuentas divididas en cuatro grupos de siete llamados *semanas*. Entre cada semana hay una única cuenta. Con el simbolismo de los números cuatro y siete sirviendo de base, la persona que desee rezar este rosario puede escoger las oraciones, salmos o antifonas, que más le agraden y meditar sobre ellas, en un lugar apropiado.

Rosca, La

En muchos lugares se practica, aunque de diferentes maneras, la costumbre de la *rosca de Reyes*. Se trata de un postre que se consume el día 6 de enero por la tarde, reunida la familia, para conmemorar el hecho de que los Magos encontraran al niño Dios. En la rosca se esconde una figurilla del Niño Jesús, y quien la encuentre será el anfitrión de otra fiesta en el futuro, o en algunos países será el anfitrión de la fiesta del 2 de febrero, día de la Candelaria. La asociación con la Epifanía bien puede significar la “manifestación” del niño rey, oculto a los humanos y ahora manifestado. De origen medieval, y posiblemente con raíces en alguna costumbre de la época romana, la trajeron al continente americano los misioneros españoles. En España lo llaman *Roscón de Reyes*.

S

Santiago, Apóstol

Incluimos a este santo en el *Diccionario*, en honor al colectivo español que reside en EE.UU. y por ser un caso altamente interesante para comprender esta temática acerca de la devoción popular.

Santiago el Mayor, apóstol, y su hermano Juan, llamados ambos hijos de Zebedeo, eran – junto con Pedro– los tres apóstoles preferidos de Jesús. Jesús les puso el sobrenombre de “hijos del trueno” por su fogosidad. De los largos viajes de Santiago, su predicación en

España y el traslado de su cuerpo de Jerusalén a Galicia, nos informan las distintas leyendas y tradiciones.

Según la desbordante imaginación de alguien, Santiago viajó de Jerusalén a Cádiz, España, y luego a Zaragoza, al norte de la península, donde convirtió a mucha gente a la nueva fe. Más tarde, en el sur de España cayó prisionero con algunos de sus conversos. Suplicó ayuda a la Virgen María que todavía vivía en Jerusalén. Ésta le concedió el favor de liberarlo y le sugirió que se trasladara a Galicia, región situada al noroeste de la Península, a predicar la fe, y que luego regresara otra vez a Zaragoza. En esta ciudad se le apareció la Virgen sobre una columna y le pidió erigiera allí una iglesia y una vez concluida la construcción del templo se retirara a Jerusalén. (En Zaragoza se puede admirar hoy la bella basílica de Nuestra Señora del Pilar).

Camino de Jerusalén se detuvo en Éfeso para visitar a la Virgen y a su hermano Juan. Según los Hechos de los apóstoles (Hch 12,1-2), Santiago fue decapitado por orden de Herodes Agripa en el año 44. Su cuerpo estuvo durante cierto tiempo en las cercanías de Jerusalén. Cuando se desencadenó una nueva persecución, siete discípulos recogieron el cadáver en Jerusalén y se embarcaron en una nave sin timón, que navegaría sin rumbo fijo hasta llegar a las bravas costas gallegas, al puerto romano más importante a la sazón, Iria Flavia, en las proximidades de Santiago de Compostela. Fue enterrado en un bosque cercano llamado *Liberum donum*, donde se erigió un altar sobre la llamada *Arca marmorea*. Tras persecuciones y prohibiciones de visitar la zona, el lugar cayó en el olvido, hasta que un ermitaño en el año 813 vio luces extrañas y escuchó cánticos de ángeles provenientes del lugar. Se lo comunicó al obispo (de la mitra compostelana) Teodoro, quien visitó el lugar y encontró una vieja lápida con restos humanos que atribuyó al apóstol Santiago y a dos de sus discípulos. El obispo informó al rey Alfonso II (791-842) que visitó el lugar y proclamó a Santiago patrono de su reino, ordenando la construcción de una pequeña iglesia que se convertiría luego en la conocida catedral. Pero el apoyo más decisivo lo ejercieron el papa León III y el rey Carlomagno (742-814); ambos se apresuraron a certificar que se trataba del mismo apóstol Santiago. El mundo de aquella época necesitaba creencias y los cristianos una justificación que les moviera y estimulara a luchar contra la invasión musulmana, que había llegado ya hasta las puertas de la localidad francesa de Poitiers y amenazaba con penetrar más profundamente hacia el interior de Europa.

La actual catedral de Santiago de Compostela se comenzó a construir en 1075. El santuario se convirtió en un lugar de culto y símbolo del poder cristiano. Alfonso X el Sabio (1252-1284), rey de Castilla, en su *Crónica General* da cuenta detallada de la participación milagrosa del apóstol en la batalla de Clavijo montado sobre un blanco y brioso corcel y matando moros. De ahí se originaron los dichos de Santiago “matamoros” y “Santiago por España”. También se le atribuye una intervención decisiva en la victoria del rey leonés Ramiro II sobre el musulmán Abad al-Rahmand III en la batalla de Simancas. Fernando I (1035-1065) permaneció orando tres días y tres noches ante la tumba del santo, pidiendo apoyo para conquistar la ciudad de Coimbra, Portugal. De esta manera, la Reconquista fue triunfando lentamente, a pesar del temible Almanzor y de otros caudillos militares musulmanes. Cuando Almanzor arrasó Compostela, respetó las reliquias, una circunstancia que afianzó todavía más la leyenda.

Hay teorías que sitúan mucho antes la ruta del Camino de Santiago, como una peregrinación pagana, ya que si desde el resto de Europa se sigue la Vía Láctea, esto le lleva a uno a Santiago. De hecho el nombre de Compostela puede que venga de “Campus stellae” o “Campo de la estrella”; pero el viaje no se detenía en Santiago, sino que continuaba hasta Finisterre, la última tierra conocida en aquel entonces. Más allá se encontraba lo ignoto.

Por el contrario, según algunos autores, los restos que yacen en la basílica de Santiago no son los del apóstol sino los de Prisciliano, nacido en Iria Flavia en 345. Joven dotado de gran

inteligencia, don de gentes y palabra, que perfeccionó sus estudios en Burdeos. Allí descubrió el cristianismo primitivo mezclado con ideas maniqueas y orientales. Promovió una enseñanza de ascetismo exagerado que consideraba a sus seguidores como elegidos, puros e inspirados por Dios. Profesaban la pobreza, la continencia, abstinencia de carnes y vida de penitencia. El éxito de sus doctrinas tomó proporciones enormes que se extendieron hasta Portugal e inquietaban a la Iglesia oficial. Se le acusó de toda clase de excesos, y fue el primer hereje condenado por la iglesia. Su ejecución tuvo lugar en 389 en Tréveris, ordenada por el emperador Magno Máximo. Sus discípulos llevaron los restos a su Galicia natal por una ruta que luego seguirían los peregrinos de Compostela. Sin embargo, algunos autores partidarios de la tesis de Santiago atestiguan que tampoco hay fuentes suficientemente fiables para demostrar que los restos sean los del propio Prisciliano.

¿Quién está, entonces, enterrado en la cripta de la catedral de Compostela: el apóstol palestino o el hereje gallego? Quizá el hecho histórico no es tan importante como la creencia popular, pues no cambiaría la fe de los peregrinos ni el sentido del Camino de Santiago. En definitiva, la verdad histórica ya sea en uno u otro sentido carece de mayor trascendencia; en todos estos mitos y leyendas lo que cuenta, según el historiador Américo Castro, “*es la invención de Santiago y sus fabulosas consecuencias*”, pues la leyenda del apóstol Santiago infundió tal fe a los hispanos que durante siglos lo utilizaron en su lucha contra el moro. Esa fe profunda – acaso carente de fundamento histórico – les condujo a grandes proezas. Ya Jesús aseguró a sus discípulos que con muy poca fe podrían mover montañas.

El Camino de Santiago alcanzó tanta importancia que los ingleses llamaban a todo el norte de España, en los siglos X, XI y XII, *Jacobsland* (tierra de Santiago). De los siglos XI al XIII el Camino se convirtió en una de las peregrinaciones más importantes de la Cristiandad. Reyes y reinas, príncipes y princesas, santos, monjes y peregrinos de toda naturaleza y condición realizaban el viaje a Santiago. Goethe afirmó que “*Europa comenzó en el Camino de Santiago*”. Los peregrinos no han cesado de llegar, incluso entre los no católicos, desde monjes sintoístas procedentes del Japón a actores y actrices de Hollywood. En un año normal llegan a Santiago unos dos millones de peregrinos, cuando es Año Santo (Año Jacobeo, siempre que coincide el 25 de julio en domingo) la cifra asciende a más de cinco millones.

La catedral actual es un prodigio y compendio de todas las características del arte románico y barroco (en su fachada de la Plaza del Obradoiro), tanto en arquitectura como escultura. Ese prodigio arquitectónico también es fruto de la fe de millones de fieles.

Santo Niño de Atocha

El amor hacia el Santo Niño de Atocha forma parte de una larga tradición devocional al Niño Jesús. Santos como Francisco de Asís, Antonio de Padua, Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, estimularon el fervor hacia la infancia de Jesús.

La veneración del Santo Niño de Atocha tiene sus raíces en España, pero todos los datos carecen de algún tipo de evidencia histórica. Al parecer en el antiguo pueblo de Atocha, ahora uno de los barrios más céntricos de Madrid, se construyó una ermita en honor a la Virgen; y como la ermita se levantó sobre campos sembrados de esparto o atochales, recibió el nombre de nuestra Señora de Atocha. Según la leyenda, la imagen –labrada por san Lucas– había sido traída a España en el siglo VI por un apóstol de Antioquía. A finales de la ocupación islámica de la Península Ibérica, los musulmanes atacaron la ciudad, destruyeron la ermita, e hicieron muchos prisioneros, prohibiendo a sus familiares visitarlos en la cárcel. Únicamente los niños podían entrar a verlos. Las familias oraban todos los días por sus familiares, porque sabían que carecían de alimento alguno. Un día llegó un niño vestido de peregrino, bastón en mano, portando alimentos en una canasta y con una calabaza llena de agua. Dio de comer y de beber a los prisioneros, pero ni la canasta ni la vasija se vaciaban.

Siempre quedaba algo más para otro prisionero. Al comprobar tal cosa, se pensó que el niño peregrino no era ni más ni menos que el Niño Jesús. En base a estas referencias el Niño de la ermita de nuestra Señora de Atocha se convirtió en el patrono de los prisioneros, protector de viajeros y de personas que se encuentran en peligro. Tras la destrucción de la ermita por los musulmanes, fue reconstruida y agregada en 1162 a Santa Leocadia de Toledo, asistiendo la familia real. Carlos V mandó reconstruir un templo y convento en 1623.

Sobre cómo llegó este niño a México también abundan las incertidumbres. Al parecer el 2 de septiembre de 1554 el capitán Francisco de Ibarra llegó hasta las aguas de Fresnillo y, con fray Jerónimo de Mendoza, tras haber descubierto unas minas que llamaron de san Demetrio por ser la fecha de su conmemoración el 2 de octubre, fundó un pueblo. Entre los mineros, artesanos e indios, levantaron un templo que en 1621 ya tenía el nombre de Plateros. Alfonso de Villaseco donó la imagen del Señor de los Plateros. Con el tiempo las minas fueron adquiridas por el marqués de San Miguel de Aguayo, quien mandó traer de España una réplica de la Virgen de Nuestra Señora de Atocha, que tenía un niño en el brazo izquierdo.

Según otros, fueron los religiosos *dominicos* los que en 1780 trajeron de España una estatua de nuestra Señora de Atocha al monasterio de Plateros, ubicado a seis kilómetros de Fresnillo, en Zacatecas, México.

Es así como en el monasterio de Plateros se veneran las siguientes imágenes: san Demetrio, el Señor de los Plateros, Santa María de Atocha y el Santo Niño de Atocha. La del Niño es la que más atención y devoción recibe.

Los mineros obtuvieron muchos milagros del niño de nuestra Señora de Atocha. Hay imágenes de retablos que datan ya del año 1701. Sin embargo, el niño se extravió, por lo que hicieron una réplica pero con facciones indígenas y ya no lo colocaron en el brazo de la Virgen. Esa imagen, de apenas 50 centímetros de alto, es de facciones toscas. Las manos son grandes y desproporcionadas. Con la derecha bendice y con la izquierda sostiene algo con sus dedos grandes y gruesos. El rostro es redondo, regordito, la frente espaciosa, los ojos abiertos y con pupilas de vidrio, el izquierdo muy sesgado, los labios y la nariz achatados. Vestido con túnicas de finas sedas y brocales, lleva insignias de peregrino y está sentado en una silla. Los bucles le caen sobre los hombros y tiene un amplio sombrero del estilo de la España colonial.

A partir de un portento ocurrido en 1829 su devoción se extendió. Hacia 1830 empezaron a circular por México unas estampas con la imagen de un niño azul, que identificaban con el Santo Niño de Atocha venerado en Plateros. La estampa representaba a un niño de unos diez años, calado de sombrero ancho y rematado de plumas. Está sentado en una silla de brazos, lleva sobre los hombros una esclavina con la concha de peregrino y un cuello de encaje. En la mano izquierda lleva el báculo con una calabaza y en la derecha una canasta. Mas cuando el peregrino llega al santuario aquella imagen descrita no existe. Sin embargo, en el altar mayor, al pie del Señor de los Plateros, se encuentra desde 1829 el Santo Niño de Santa María de Atocha –aquel que había sido tallado por los mineros.

Las imágenes del Santo Niño varían en detalles y en nombres, pero como denominador común, todos representan al Niño Jesús. Se pueden ver réplicas y variaciones en Nuevo Laredo, Mezquitic de San Juan de los Lagos, Huescalapa, Barranca Honda de Ayotlán, Hacienda el Refugio de Tala, Santo Niño de la Misericordia en nuestra Señora de la Paz en Guadalajara. Aparece unas veces en los brazos de la madre, otras sentado en una silla y en ocasiones también de pie.

En cualquier caso, lo verdaderamente importante de todos estos detalles es la gran devoción de la gente hacia el Niño Jesús. Una sala en el santuario de Plateros está llena de restos y recuerdos de personas que milagrosamente fueron curadas. Cuando en 1998 llevaron al Niño de Atocha de Plateros a Los Angeles, California, más de cien mil personas se acercaron a la parroquia de Nuestra Señora Reina, regentada por los religiosos *claretianos*.

Santuario de Copacabana

La devoción a la Virgen del Santuario de Copacabana, se originó en Bolivia del siguiente modo. El indio Titu Yupanqui decidió fundar una cofradía bajo la advocación de la Virgen de la Candelaria. Para ello, él mismo tallaría la imagen de la Virgen. Acompañado del gobernador de los *hanansayas*, don Alonso Viracocha, se trasladó a Chuquisaca para obtener del obispo la pertinente autorización para dar culto a la imagen. El obispo la concedió con la certeza de que sería un fracaso, ya que la imagen tallada no reunía las condiciones dignas y adecuadas para atraer el amor de la gente y recibir el culto. Sin embargo, Yupanqui persistió en su idea. Se trasladó a La Paz y trabajó al servicio de un maestro retablista español, quien también contribuyó a mejorar con dignidad la imagen. Ambos trabajaron en ella durante largas noches. Con la ayuda del párroco de Copacabana, el franciscano fray Antonio Montoro, y del corregidor de Omasuyos, Jerónimo Marañón, decidieron llevar la imagen a Copacabana, a donde llegó el 2 de febrero de 1583. Al amanecer de ese día, la imagen de la Virgen María se apareció en los cerros de Huacuyo, como un sol refulgente, reverberante, que iluminaba un rincón tan inhóspito del Alto Perú. Sebastián Quimichi, otro indígena, llevó la devoción de Copacabana a la provincia de Andahuaylas en el Perú, donde en el santuario de Cocharcas se guarda una réplica de la virgen del santuario boliviano.

Los santuarios de Copacabana y de Cocharcas representan para Bolivia y el Perú lo que Guadalupe para México. El origen de todos ellos tiene como protagonista a un indígena. En último término la fe y el amor del pueblo se dirige hacia María, madre de Jesús.

Señor de los Milagros, El

Esta devoción peruana es la que más fieles congrega y la que da lugar a la procesión religiosa más multitudinaria del mundo entero. La devoción aglutina, en una manifestación espiritual y mística, a los más heterogéneos grupos del pueblo limeño, blancos, cholos, negros, chinos y otros grupos étnicos que se reúnen para manifestar su amor al “*Cristo de Pachacamilla*”.

La historia, tal como aparece recogida en las crónicas, cuenta que allá por el año 1650 Lima contaría con unos 35,000 habitantes y su número iba en incremento, gracias a los inmigrantes provenientes de la costa atlántica del África Occidental, ocupada entonces por colonizadores portugueses. Esos inmigrantes se dividían en castas como la de los congos, mantengas, bozales, cambundas, mozambiques, minas y angolas. Existía una cofradía de negros de la raza angola en el barrio de Pachacamilla, situado a las afueras de Lima. Allí, en un pobrísimo galpón, se reunían para venerar varias imágenes. Entonces la cofradía decidió que en una de las paredes del mísero lugar se plasmará una imagen de Cristo en la cruz. En 1651 ya estaba pintada, sobre una pared de adobe mal revocada, una imagen de escasa calidad artística, que era venerada tan solo por los miembros de la cofradía y por contadas personas que pasaban por el lugar. La devoción no auguraba un gran futuro.

Pero el 13 de noviembre de 1655 un terremoto causó estragos en Lima y el Callao, y el galpón de los negros quedó casi destruido, sin embargo, el débil muro de adobe con el Cristo pintado permaneció intacto. Debido a los daños ocurridos, los angolas se mudaron a otro lugar dejando en el más absoluto abandono aquella pared que permaneció a la intemperie, ya que nadie se preocupó de reedificar el galpón.

Hacia 1670 un tal Antonio de León restauró el cobertizo, y, de nuevo, empezó a difundir la devoción al Cristo. Parece ser que el propio León, por intercesión del Cristo, fue curado de un tumor maligno que los médicos no habían podido sanar. Tal evento suscitó la curiosidad de la gente y la asistencia aumentó. Debido a la gran concurrencia de curiosos, no en todas las reuniones predominaba la devoción; en algunas se daba rienda suelta a bailes sensuales y consumo de bebidas alcohólicas. Por ello, el Conde de Lemos –virrey del Perú–, a petición de

la autoridad eclesiástica, decidió eliminar la imagen y mandó también que se destruyera el altar colocado frente a la misma. Sin embargo, el intento fracasó ya que el pintor de “brocha gorda”, encargado de ejecutar la orden, empezó a sentir temblores y escalofríos, debiendo ser atendido de inmediato para proseguir con la labor. Al intentarlo de nuevo, fue tal la impresión recibida de la imagen que se asustó y huyó despavorido del lugar. El Promotor Fiscal escogió a otro pintor para que realizara la tarea, pero sufrió un temblor inusitado; de nuevo el Fiscal escogió a un tercero ofreciéndole una buena paga, pero el intento fracasó también ya que el pintor alegaba que los colores de la imagen se avivaban cada vez que intentaba borrarlos.

La gente manifestó su desacuerdo por la orden de borrar de la pared al Cristo y comenzó a protestar con airadas voces y actitudes amenazadoras. Ante tales acontecimientos, el Conde de Lemos visitó el lugar, lo que desembocó en el hecho de que el 14 de septiembre, fiesta de la Exaltación de la Cruz, se celebrara allí la primera misa ante la imagen. Así quedaba instaurado el culto a una imagen que la gente empezaría a denominar “*El Santo Cristo de los Milagros o de las Maravillas*”. Además, de ahora en adelante, un mayordomo cuidaría el lugar transformado ya en capilla. Posteriormente, Sebastián de Antuñano, español, adquirió los terrenos y construyó una capilla más digna. Durante el terremoto del 20 de octubre de 1687 –el peor que sufrió Lima en el siglo XVII– la capilla no sufrió daño alguno. Sin embargo, Antuñano ordenó que se realizara una copia de la imagen para llevarla en procesión.

Por esas fechas, una piadosa mujer llamada Antonia Maldonado y original de Guayaquil (actualmente en Ecuador), decidió instaurar un beaterio para llevar con otras mujeres una vida devota siguiendo el camino de Jesús crucificado. Adoptaron la regla de la orden Carmelita reformada de santa Teresa de Jesús. Antuñano les ofreció sitio en su terreno para construir un monasterio al lado de la capilla del Cristo de los Milagros, lo que dio origen al actual Santuario y Monasterio de las Nazarenas Carmelitas Descalzas, inaugurado en 1771 durante el gobierno del virrey Amat.

La gente comenzó a invocar al Cristo como protector contra los temblores de tierra. En el terremoto de 1745 que tuvo lugar el 20 de octubre la imagen fue sacada en procesión durante cinco días. En esta ocasión se constató que la imagen del Señor ya no aparecía sola, sino por el reverso presentaba la figura de nuestra Señora de la Nube, venerada en Guayaquil. A partir de esa fecha, la procesión saldría anualmente, pero sólo durante tres días.

En 1771 se creó la Hermandad de Cargadores del Señor de los Milagros, encargados de llevar sobre sus hombros las pesadas andas con la imagen del Señor de los Milagros. Son fáciles de distinguir, pues los caracteriza el hábito morado y el cíngulo blanco con que se lo atan.

La devoción se ha extendido a otros países de América, donde cada año, el día 18 de octubre, se realizan procesiones similares a la que tiene lugar en el mes de octubre en Lima. En algunos lugares se hace el domingo más próximo a esa fecha.

T

Tres años, Los

Es un acto de agradecimiento. Menos extendido que el de la quinceañera, pero no obstante arraigado entre algunos grupos de hispanos. (A este rito, los mexicanos se refieren, con frecuencia, con los nombres de *presentación* o *consagración*).

La costumbre tiene unas raíces milenarias, pues los primeros vestigios de este acto los encontramos en el Génesis, cuando Abrahán y Sara, todavía asombrados por haber tenido un hijo en la ancianidad, dan gracias a Dios y ofrecen un banquete cuando destetan a Isaac (Gn 21,1-8). En el *Segundo libro de los Macabeos* (7,27) se dice expresamente que se amamantaba a los niños durante tres años. Lo mismo se lee en la obra apócrifa de *El evangelio del nacimiento de María* (4,1), pero en éste leemos: “Y cuando se cumplieron los tres años, y el tiempo del destete se había cumplido, trajeron a la Virgen al templo del Señor con ofrendas”. De igual modo en el *Protoevangelio* apócrifo se dice: “Y cuando la niña (María) cumplió tres años de edad, Joaquín dijo, invitemos a las hijas de los hebreos, que son puras, y que traigan una lámpara, y la enciendan, para que la niña no vuelva sobre sus pasos y su mente se mantenga orientada hacia el templo del Señor “ (7,3).

Evidentemente, a esa edad los niños habían superado una época difícil con grandes tasas de mortalidad infantil. Se trata pues, de un “rito de transición” a otra etapa de la vida.

En la actualidad, los padres, agradecidos, llevan al niño o a la niña al templo. El ministro puede usar las lecturas que hemos mencionado más arriba, así como el entrañable amor que Jesús sentía por los niños (Mt 19,13-15). Después del sermón, se reza una oración por el don de los hijos. Luego se pueden hacer al menos dos preguntas: una por el nombre del niño que traen al templo, y otra si prometen seguir dando buen ejemplo cristiano al niño que ahora están presentado. Finalmente se reza otra oración de agradecimiento y petición por el niño y los padres presentes. Y por último se bendice al niño. Esto debe ser lo básico. Según el carácter flexible del ministro, puede haber otros elementos, como una vela simbolizando la iluminación y protección de Jesucristo.

Las familias aprovechan también esta oportunidad para ampliar la familia con la incorporación de nuevos *padrinos* y celebrar con alegría el don de la vida. (Ver **presentación de un niño**).

V

Velas, Cirios

Las velas son el resultado de necesidad vital básica. Tras miles de años en las tinieblas de la noche, alguien tuvo la ocurrencia de inventar algo que proporcionara luz. Se cree que los primeros en servirse de antorchas de junco empapadas en sebo fundido de oveja fueron los egipcios. Pero serían los romanos los inventores de la vela con mecha. Se realizaban de sebo de ganado o de oveja y servían para alumbrar las viviendas y a todo caminante nocturno. En la Edad Media apareció la vela de cera de abeja, pero resultaba muy cara para el pueblo. Desde el siglo XVIII empezaron a usarse en la confección de las velas otras materias menos costosas y que desprendían olores menos desagradables.

Con el mismo fin, y tal vez más antigua que la propia vela, surgió la lámpara, que consistía en un receptáculo que contenía aceite de oliva y una mecha. De la lámpara de aceite existen ya muchas referencias en la Biblia. Uno de los pasajes más usados puede que sea la parábola de las diez vírgenes (Mt 25,1-13).

Todas las religiones han experimentado una dualidad entre la luz y la oscuridad. La luz, como presencia y poder divinos; la oscuridad como ausencia de la divinidad. Esta polaridad entre lo positivo y lo negativo es patente en la Biblia desde las primeras líneas del Génesis. Sin embargo, mientras en otras religiones, tras la oscuridad se oculta la creencia en un dios negativo, en la Biblia, se insiste en un solo ser Creador de la luz y de la tiniebla. “Yo soy

Yahvé, no ningún otro; yo modelo la luz y creo la tiniebla, yo hago la dicha y creo la desgracia, yo soy Yahvé, el que hago todo esto” (Is 45,6b-7). Como éste abundan los textos bíblicos en el Antiguo Testamento. En el Nuevo, la luz se refiere a Jesús como luz del mundo (Mt 4,16, Lc1,79;2,32), pero es sobre todo en el evangelio de Juan donde Jesús es presentado como la luz por eminencia. Él es la luz del mundo (Jn 8,12; 9,5); la tiniebla forcejea por superar a la luz pero no lo logra (Jn1,5). Creer en Jesús es vencer las tinieblas (Jn 12,46), sin su luz el mundo se mantiene en las tinieblas, en la ceguera y sin rumbo (1Jn 2,8-11).

Esta doctrina básica sería recogida por la teología y la expresión litúrgica. Ya en el credo niceno se describe a la “procesión” del Hijo del Padre como “*luz de luz, Dios Verdadero de Dios Verdadero*”. Clemente de Alejandría habla de Cristo como “*luz eterna*” y Tertuliano le llama el “*iluminador*”.

Fundamentados en una revelación bíblica y en una teología paralela, ya desde el principio del Cristianismo se usan velas procesionales que al llegar al altar se colocan a ambos lados. De ahí surgieron las velas que durante cientos de años se colocaron sobre el altar, y hoy, después de la reforma litúrgica del siglo pasado, se está volviendo a la práctica primitiva de colocarlas junto al altar.

El cirio pascual, que se enciende en la oscuridad de la liturgia de la Vigilia Pascual y que, portándolo, ilumina el templo oscuro al entrar, resulta ser un poderoso símbolo de la presencia de Cristo en la asamblea cristiana.

El sacramento del bautismo, desde el principio, fue asociado con la luz. Justino el Mártir, junto con otros Padres de la Iglesia, hablan del bautismo como de una iluminación. El hecho de abandonar las vestiduras viejas y vestirse de blanco, era un símbolo de la luz. La velita que se enciende en la llama del cirio pascual y se entrega al nuevo cristiano bajo la frase “*Recibe la luz de Cristo*” adquiere el doble sentido de seguir manteniendo viva la luz de Cristo (Mt 25,1-13) –siendo uno mismo luz para otros (Mt 5,14)– y el deseo de que Cristo ilumine siempre al recién bautizado. El cristiano que se ausenta de Cristo comienza a entrar en el reino de la tiniebla. Así lo amonesta Cristo: “*Mira que la luz que hay en ti no sea oscuridad*” (Lc 11,35).

Las velas, pues, aparecen en la liturgia con un doble sentido: por un lado el de iluminar, y por otro el de ser símbolos de una luz superior. En un momento posterior ya tenemos el uso de las velas con carácter votivo o devocional. Estas velas se encienden en las iglesias y santuarios ante el sagrario, imágenes de Cristo, de la Virgen o de santos. Es ésta una expresión de comunión con los santos, es decir, con todo el Cuerpo Místico de Cristo. Naturalmente, el fiel devoto al encender una vela no sólo pide iluminación sino protección con motivo de una necesidad especial.

Las velas votivas que compra el pueblo se ven revestidas con alguna simbología gráfica en función del santo al que vayan destinadas, muchos de ellos mencionados en este diccionario. Las más populares son las del Sagrado Corazón de Jesús, la Virgen de Guadalupe, santos Lázaro, Judas.

Antes de la reforma litúrgica, el 2 de febrero, día de la presentación de Jesús en el Templo, concluía el ciclo navideño –ahora concluye el día de la Epifanía– y se bendecían velas, de ahí que se conozca dicha fecha como el Día de la Candelaria. Esas velas benditas se usaban durante el año como protección en casos especiales, como tormentas, etc.

Velorios de los Reyes Magos

Consisten en rezos y cánticos a los Reyes Magos por un favor recibido. (Ver **reyes magos**).

Vía Crucis

El Vía Crucis es una devoción muy antigua, observada en un principio por los peregrinos que llegaban a Jerusalén. Estos peregrinos revivían los pasos o estaciones de la pasión y muerte de Jesús. Más tarde, cuando muchos cristianos quisieron recordar el mismo recorrido y no podían ir a Jerusalén, empezó a surgir la costumbre del Vía Crucis.

Consiste en recorrer un itinerario jalonado de representaciones, llamadas estaciones, de las etapas del camino que va desde el palacio de Pilatos hasta el Calvario, deteniéndose para meditar y rezar en cada una de las estaciones.

El Vía Crucis, después de haber comprendido un número variable de estaciones, quedó reducido a catorce desde las *Advertencias* del papa Clemente XII (1731), confirmadas por Benedicto XIV (1742).

De las catorce estaciones, ocho están basadas directamente en los textos bíblicos. Las seis restantes (3,4,6,7,9y13) no cuentan con ningún tipo de base bíblica sino sólo la tradición piadosa. Recientemente, allá por los años sesenta del siglo pasado, con la reforma efectuada en el Concilio Vaticano II, que dio capital importancia a la resurrección de Cristo, se habló de incluir otra etapa más para recordar tan trascendental evento.

La devoción fue difundida sobre todo por los franciscanos a partir de los siglos XIV-XV. Se han conocido, a través de la historia, infinidad de versiones del Vía Crucis, la mayoría enfatizando el aspecto emocional. Por ello, la tendencia moderna y más sana ha sido la de acercarse lo más posible al texto bíblico.

Este ejercicio piadoso es más apropiado realizarlo durante los viernes de Cuaresma, que en cualquier otra época del año. Sin embargo, poca gente asiste cuando se celebra en los viernes de esa estación. El hispano asiste con gran devoción y en gran número el día de Viernes Santo. En muchos lugares, sobre todo de América Latina, el Vía Crucis o la Pasión se representan en vivo y, en ese caso, diversas personas asumen el papel de personajes como: Pilato, Herodes, soldados romanos, Verónica, María madre de Jesús, un grupo de mujeres, los apóstoles, Simón de Cirene. En estos casos la representación adquiere unas dimensiones dramáticas y realistas, pues el pueblo hispano se identifica fácilmente con el dolor y el oprobio que ha sufrido en la historia.

En muchos lugares, al paso que se celebra el acto religioso, el lugar circunvecino suele adquirir un ambiente abigarrado, en el cual los vendedores ambulantes suministran objetos religiosos, veladoras, cuadros, y también dulces, bebidas y comidas.

Viernes Santo

El Viernes Santo no se celebraba en un principio. Los primeros cristianos consideraban la Pascua cristiana como una fiesta que comprendía la muerte y resurrección de Jesús. Sin embargo, a finales del siglo IV la peregrina Egeria describe la observancia de este día con una ceremonia que transcurría desde las ocho de la mañana hasta el mediodía. Los diáconos llevaban una caja decorada en oro, en la que se guardaba un trozo de madera que se consideraba había sido de la auténtica cruz sobre la que murió Jesús; el trozo se exponía junto con la inscripción de la cruz, sobre una mesa cubierta con un paño y colocada en el patio de la basílica del Martirio. El obispo lo sostenía y los fieles lo veneraban. Continuaba el servicio con lecturas e himnos, hasta las tres de la tarde. Luego entraban en la basílica para llevar a cabo otro acto religioso y finalmente iban a la tumba, en donde se daba lectura de la narración del entierro del Evangelio de Juan (Jn 19,38-42).

En el siglo VII se llevaron reliquias de la cruz a Roma y se introdujo el ceremonial del Viernes Santo. Otras iglesias fueron adquiriendo trozos de la madera considerada como la auténtica cruz y empezaron a observar ritos como el de Jerusalén. Finalmente, la práctica se extendió incluso a iglesias que no contaban con ninguna reliquia de la cruz.

Llegados a este punto, se ha de notar que ni el trozo de madera venerado por los fieles, ni las primeras cruces contenían imagen alguna de Cristo. De hecho, en las dos últimas semanas de Cuaresma, se empezó a cubrir las cruces porque algunas estaban decoradas con alhajas. Se descubrían en el servicio solemne del Viernes Santo. Así pues, la historia demuestra que la antigua costumbre se centraba en venerar una reliquia de la cruz, y no al propio Cristo o crucifijo.

El culto de este día está compuesto por tres partes: la liturgia de la palabra, la veneración de la Cruz, y la comunión, recibida de los elementos consagrados en la misa del día de Jueves Santo.

En este día ha sido tradicional predicar acerca de las *siete palabras* o frases pronunciadas por Jesús en la cruz. Aunque no conocemos el origen cierto de esta devoción, sí sabemos que el jesuita Roberto Belarmino (1542-1621) escribió un libro sobre las mismas. Los jesuitas llevaron la costumbre al Nuevo Continente y difundieron la devoción con ocasión de un terremoto que tuvo lugar en Lima en 1687. Posteriormente, se convirtió en un acto religioso de tres horas, que va del mediodía hasta las tres de la tarde. En el servicio de las siete palabras se predicaba sobre estas frases: “*Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*” (Lc 23,34). “*Hoy estarás conmigo en el Paraíso*” (Lc 23,43). “*He aquí a tu hijo: he aquí a tu Madre*” (Jn 19,26). “*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*” (Mt 27,46). “*Tengo sed*” (Jn 19,28). “*Todo está consumado*” (Jn 19,30). “*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*” (Lc 23,46). Si bien este servicio se suspendió oficialmente en los años sesenta del siglo pasado, muchas iglesias continúan practicando alguna fórmula parecida de meditación sobre alguno de esos pasajes bíblicos.

Durante la devoción se intercalan himnos, oraciones y momentos de silencio para reflexionar. Otras devociones populares de este día han sido: celebrar el *encuentro* entre Jesús y su madre en el camino del Calvario, *el servicio del santo entierro*, y *la procesión de las tres caídas*. Normalmente estas costumbres forman parte del acto del Vía Crucis.

Villancicos

Son composiciones poéticas populares con estribillos, que se cantan durante las fechas navideñas. Aparecen en el siglo V, compuestas por evangelizadores con el fin acercar el mensaje evangélico a los “aldeanos” o “villanos” (de ahí surge el nombre de *villancico*) que no sabían leer. En lenguaje sencillo se exponía el misterio de la encarnación. En el siglo XIII se extendieron por todo el mundo junto con los belenes de san Francisco. En un tono ingenioso se exponen los sentimientos de los pastores, de la Virgen, de los aldeanos, y de otros personajes, ante el misterio del nacimiento de Jesús.

Los villancicos manifiestan de una manera popular la gran alegría por el nacimiento de Jesús. Se cantan en las casas, en las iglesias con ocasión de la costumbre de las posadas, y en cualquier momento durante el tiempo de la Navidad.

Virgen de la Caridad del Cobre

La devoción del pueblo cubano a la madre de Jesús, bajo la advocación de la Virgen de la Caridad del Cobre, es inmensa. Su historia ha sido como sigue.

A finales del siglo XVI los españoles iniciaron la explotación del cobre en las montañas de la región oriental cubana. También aumentó la cría de ganado. A unos pocos kilómetros de las minas, el virreinato español estableció una gran ganadería en Barajagua. Para prevenir la corrupción de la carne destinada a la alimentación, era necesaria la sal.

A principios del siglo XVII –entre los años 1612 y 1613– dos hermanos indios y un negrito, de unos diez años de edad, fueron a buscar sal a la Bahía de Nipe. Los “tres Juanes” –como

los conoce la tradición— se llamaban, Juan, Rodrigo de Hoyos, y el jovencito Juan Moreno; pero en esa ocasión sólo pudieron llegar hasta la mitad de la bahía porque los sorprendió una tormenta. Cuando amainó y se disponían a recoger la sal, encontraron una imagen de la Virgen. En 1687, Juan Moreno lo contó de esta manera cuando tenía la edad de ochenta y cinco años: “(...) *habiendo ranchado en cayo Francés, que está en medio de la bahía de Nipe, para con buen tiempo ir a la salina, estando una mañana la mar calma salieron de dicho cayo Francés antes de salir el sol, los dichos Juan y Rodrigo de Hoyos y este declarante, embarcados en una canoa para la dicha salina, y apartados de dicho cayo Francés vieron una cosa blanca sobre la espuma del agua, que no distinguieron lo que podía ser, y acercándose más les pareció pájaro y ramas secas. Dijeron dichos indios: ‘parece una niña’, y en estos discursos, llegados, reconocieron y vieron la imagen de nuestra Señora la Virgen Santísima con un Niño Jesús en los brazos sobre una tablita pequeña, y en dicha tablita unas letras grandes las cuales leyó dicho Rodrigo de Hoyos, y decían: ‘Yo soy la Virgen de la Caridad’, y siendo sus vestiduras de ropaje, se admiraron que no estaban mojadas. Y en esto, llenos de alegría, cogieron sólo tres tercios de sal y se vinieron para el Hato de Barajagua (...)*”.

Don Francisco Sánchez de Moya, administrador del distrito Real de Minas de Cobre, determinó edificar una ermita para colocar la imagen y designó a Rodrigo de Hoyos como capellán. Cierta noche Rodrigo se acercó a visitar a la Virgen, pero la imagen no estaba en la ermita. Sin éxito, la buscaron todo el día por todas partes. A la mañana siguiente, sin saber cómo explicar aquella desaparición —ya que la ermita había permanecido cerrada— la imagen volvía a estar en su lugar. El suceso se repitió varias veces, hasta que por fin, todos comprendieron que la Virgen quería cambiar de lugar. La trasladaron de la ermita al templo parroquial del Cobre. De esta manera fue como la Virgen sería conocida en adelante como la “*Virgen de la Caridad del Cobre*”. Sin embargo, ésta no sería su residencia definitiva, porque las desapariciones se volvieron a repetir. Una niña, llamada Apolonia, contó cómo estando recogiendo flores en el cerro de las minas de cobre, donde trabajaba su madre —en las montañas de Sierra Maestra—, un día se le apareció la Virgen de la Caridad. Como la niña se mantuvo firme en su relato, creyentes y no creyentes accedieron al traslado de la imagen al cerro donde había tenido lugar la visión antes mencionada.

La aparición a la niña Apolonia contribuyó en gran manera a la difusión de la devoción hacia la Virgen de la Caridad, y a pesar de lo difícil de llegar al cerro, la gente venía en gran número a manifestarle su amor. Dada la creciente asistencia se construyó un santuario nuevo que fue inaugurado el 8 de septiembre de 1927. El 10 de mayo de 1916 el papa Benedicto XV declaró a la Virgen de la Caridad del Cobre, patrona de Cuba, fijando su festividad para el día 8 de septiembre. En 1977, el papa Pablo VI eleva a la dignidad de basílica el santuario nacional de nuestra Señora de la Caridad del Cobre. El 24 de enero de 1998, el papa Juan Pablo II, coronó a la Virgen de la Caridad del Cobre como reina y patrona de Cuba.

Por otro lado, los cubanos en el exilio han difundido la devoción a su Virgen en el exterior, erigiendo una ermita a la Virgen de la Caridad del Cobre en Miami. La dedicación de dicha ermita, el día 2 de diciembre de 1971, fue presidida por el cardenal Kroll, arzobispo de Filadelfia.

Virgen de Guadalupe

Para que el lector pueda formarse un juicio completo de esta devoción iremos por partes presentando primero unos antecedentes históricos que hay que rastrearlos en España, para luego hablar del caso de México, y terminar con una nota interpretativa.

En la región de Extremadura, provincia de Cáceres, existe en España un lugar llamado “La Puebla de Guadalupe”. Renovado por los franciscanos, el monasterio del siglo XIV que

alberga la imagen de la Virgen ha sido declarado Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO desde el 11 de diciembre de 1993.

Según la leyenda, el primer propietario de la imagen de la Virgen fue san Lucas. Muerto el evangelista en Acaya, Asia Menor, la imagen fue enterrada con él. En el siglo IV, fue trasladada junto con el evangelista a Constantinopla y luego a Roma por el cardenal Gregorio, que más tarde sería el papa Gregorio Magno. Se atribuye a la imagen el milagro de haber librado al pueblo romano de la fatal epidemia de la peste. San Isidoro traslada la imagen a Sevilla y se la entrega a su hermano san Leandro –obispo de la ciudad– donde se veneró en la iglesia principal de la ciudad hasta la invasión musulmana del año 711. Tres años más tarde unos clérigos sevillanos, que huían del peligro sarraceno, llevaron la imagen a hasta las tierras de Extremadura y la escondieron junto al río Guadalupe, que en árabe significa “río escondido”.

Durante seis siglos desaparece el culto a la imagen, y no volveremos a saber nada hasta que en el siglo XVI un pastor llamado Gil de Santa María encontró una de sus vacas muerta. Cuando se disponía a sacarle la piel se le apareció la Virgen María, que hablándole en tono celestial le dijo: “*No temas que soy la Madre de Dios, Salvador del linaje humano; toma tu vaca y llévala al hato con las otras, y vete luego para tu tierra, y dirás a los clérigos lo que has visto y decirles has de mi parte que te envío yo para allá, y que vengan a este lugar donde estás ahora, y que cavén donde estaba tu vaca muerta, debajo de esas piedras; y hallarán una imagen mía. Y cuando la sacaren, díles que no la muden ni lleven de este lugar donde ahora está; mas que hagan una casilla en la que la pongan. Ca tiempo vendrá en que este lugar se haga una iglesia y una casa muy notable y pueblo asaz grande*”. La Virgen desapareció y el pastor se fue a su casa. Cuando llegó, un hijo suyo acababa de fallecer. Invocó a la Virgen y el hijo resucitó. Este milagro convenció a los clérigos sobre la verdad de la aparición y todos se dirigieron al lugar del milagroso suceso, excavaron y hallaron la imagen y una serie de documentos que atestiguaban su procedencia. Allí mismo se construyó la primera ermita y el lugar se convirtió desde entonces en centro de peregrinación.

Con el paso del tiempo la fama del monasterio se extendió por toda España y el resto de la Cristiandad. En España hay varios santuarios dedicados a la Virgen de Guadalupe. Fuera de España también encontramos santuarios en Portugal, Polonia, Río-Muni y en especial en América y Filipinas, donde más de 600 lugares llevan el nombre de Guadalupe. Entre otros títulos a Guadalupe se le ha dado el de *Reina de la Hispanidad*.

El relato de la Guadalupana de México se atribuye al indígena Don Antonio Valeriano (1520-1605?), discípulo de fray Bernardino de Sahagún. Según su propio testimonio, Antonio nos transmite la narración de las apariciones ocurridas del 9 al 12 de diciembre de 1531, tal como el vidente, san Juan Diego, indígena azteca, se las contó. La copia más antigua del relato se encuentra en la biblioteca pública de Nueva York en el departamento de libros y manuscritos raros.

El documento está escrito en la lengua *náhuatl* –lengua todavía en uso–. Las dos primeras palabras con las que arranca el mismo son: *Nican mopohua*. El título completo es: “*Aquí se cuenta se ordena como hace poco milagrosamente se apreció la Perfecta virgen Santa María, Madre de Dios, nuestra Reina; allá en el Tepeyac, de renombre Guadalupe*”.

La ciudad de México se llamaba Tenochtitlán. A 20 kilómetros, en el pueblo de Tlayacac, nace Juan Diego (1474-1548), cuyo nombre indígena era Cuauhtlatoatzin –“*el que habla como águila*”–. El *Nican mopohua* lo describe como un “pobre indio”, es decir, uno que no pertenecía a ninguna de las categorías sociales del Imperio, como funcionarios, sacerdotes, guerreros, mercaderes, etc. Pertenecía a la clase más numerosa y baja del Imperio Azteca. Veamos brevemente cómo sucedieron los hechos.

El sábado, día 9 de diciembre de 1531, Juan Diego venía muy de madrugada para asistir a la misa y realizar recados en Tlatilolco, barrio de Tenochtitlán (México). Al subir al cerro del

Tepeyac escucha la voz de una mujer que le dice que es la Madre de Dios, creador del universo, y pide que le erijan un templo en el cerro. Ese mismo día, Diego entra en la ciudad de Tenochtitlán y habla con el obispo Fr. Juan Zumárraga. Le cuenta la aparición. El obispo no le cree y le dice que lo pensará. Juan Diego, vuelve a subir al cerro y le pide a la Virgen que mande a alguien más importante que él, porque el obispo no le va a creer. Pero la Virgen insiste que tiene que ser él y no otro quien lleve el mensaje.

El domingo, día 10 del mismo mes, Diego, de madrugada vuelve a Tlatilolco. Después de oír misa logra ver al obispo. Éste le hace muchas preguntas, le sugiere que vaya y pida una señal a la Virgen. El obispo manda espías para que sigan al indio, pero éstos lo pierden de vista al llegar al cerro. Regresan y le dicen al obispo que no preste atención al indio. Juan Diego habla nuevamente con la Virgen quien le promete una señal para el día siguiente.

El lunes 11, Juan Diego no pudo ir a recoger la señal porque su tío Juan Bernardino estaba grave, el cual por la noche, ruega le traigan un sacerdote para confesarse.

El martes, día 12, muy de madrugada Juan Diego marcha a Tlatilolco en busca del sacerdote. Para evitar encontrarse con la Virgen, da un rodeo al cerro, pero al otro lado aparece la Virgen, quien, ante las disculpas de Diego le dice que no se preocupe porque su tío no morirá. Le manda que suba a la cima del cerro donde podrá recoger toda clase de flores. Efectivamente, sube, y se asombra de ver *“tantas varias exquisitas rosas de Castilla, antes del tiempo en que se dan, porque a la sazón se encrudecía el hielo”*, –*“la cumbre del cerrito no era lugar en que se dieran ningunas flores, porque tenía muchos riscos, abrojos, espinas, nopales y mezquites”*; las recoge y se las trae a la Virgen, quien se las pone de nuevo en el regazo de Juan Diego para que se las ofrezca al obispo. Al llegar al palacio del obispo, el mayordomo y los criados no le dejan entrar. Diego espera pacientemente. Al verle allí tanto tiempo, de pie y cabizbajo, decidieron llamarlo. Observaron que llevaba flores. Por tres veces intentaron cogérselas, pero no pudieron porque parecía que desaparecían y se grababan en la manta. Se lo cuentan al obispo y éste decide por fin recibirlo, pensando que esa era la señal esperada. Juan Diego entra, deja caer las rosas y al mismo tiempo ven la imagen de la Virgen estampada en la tilma del indio. *“Luego que la vio el señor Obispo, él y todos los que allí estaban, se arrodillaron; mucho la admiraron; se levantaron a verla, se entristecieron y acongojaron, mostrando que la contemplaron con el corazón y el pensamiento. El señor Obispo, con lágrimas de tristeza, oró y le pidió perdón de no haber puesto en obra su voluntad y su mandato”*.

Al día siguiente, Juan Diego regresa a casa y ve su tío ya curado. Llevan al tío a la presencia del obispo quien hace que Juan Diego y su tío se hospeden en el palacio durante unos días.

En la imagen grabada en la tilma de Diego aparece la imagen de la Virgen rodeada de los rayos del sol y opacándolos. Los indios interpretan que la Virgen era más poderosa que el sol al que daban culto. Aparece pisando la luna en cuarto creciente, con lo que veían que era más poderosa que el dios Quetzacoatl –representado frecuentemente como una serpiente emplumada– pero que en su simbolismo lunar era legible para los aztecas. Lo mismo sucede con las estrellas que los indios veneraban, pues ahora veían cuarenta y seis estrellas de oro decorando el manto de la Virgen. Los colores del manto, azul verde, y el de su vestido, rosa, eran colores reales en la simbología azteca. Ahora bien, esta Señora no parecía ser diosa, ya que se mostraba en actitud de adoración con su cabeza inclinada ante el Hijo que lleva en su seno, simbolizado por la estrella que decora su vestido en el vientre y por el cuello y los puños afelpados de armiño, señales de que va a ser madre. No falta el detalle del crucifijo que la Virgen llevaba colgando del cuello. Los misioneros habían predicado sobre ese Dios llamado Jesucristo y que ahora les mostraba María, como el único Dios verdadero.

Se han realizado toda clase de estudios interpretativos de figuras que se ven o pueden intuirse en los ojos de la Virgen y en otras partes del manto, así como estudios sobre la

composición química de la pintura de la imagen. Sea como fuere, no vamos a entrar en esos detalles.

Quien desee seguir toda la polémica sobre las apariciones puede consultarlo en la siguiente página web: www.atiro.org/ncc020719JUANDIEGO.htm.

Cualquier lector notará cierto paralelismo entre la historia y la devoción de la guadalupana de Extremadura y la de México, pues en ambas la Virgen se aparece a un hombre sencillo, en ambas es sanado un familiar del aparecido, en ambas la Virgen es morena, y también en ambas la Virgen habla de un santuario en su honor, etc.

Según algunos, fueron los extremeños los que llevaron la devoción guadalupana a México y paulatinamente se convirtió, con ayuda de los jesuitas, en la actual veneración. En este sentido, el jesuita que más influyó en la transformación fue Francisco de Florencia; a él se debe la aplicación del lema guadalupano, según el cual el mismo Dios puede decir: “*Con ninguna nación he hecho tales cosas – Non fecit taliter omni nationi –*. Dicho jesuita pidió a Roma, en 1666, se concediera un oficio litúrgico propio en honor de la Virgen de Guadalupe. (Nótese que han pasado casi cien años y todavía no existía fecha fija que hablara de las apariciones, fue sólo después de que Roma indicara una fecha cuando se dio forma al resto de los días de las apariciones). Roma no accedió, aunque sí estableció el 12 de diciembre para la fiesta de Guadalupe. Finalmente, después de mucho insistir, se consiguió en 1774 la autorización de culto y una misa para el día 12 de diciembre.

Extraña es también la idea de que la palabra “guadalupe” sea una errónea pronunciación del término indio *tecoatlatlope*. Mucho ha de esforzarse uno para llegar de la palabra india a la árabe. Parece más lógico pensar que la palabra “guadalupe” se impuso precisamente por la devoción que los extremeños españoles tenían ya previamente hacia la Virgen de Guadalupe.

Tanto sobre ésta como de otras apariciones siempre habrá creyentes e incrédulos. Lo que critican los detractores es el hecho de que se dé como histórico algo que carece de tal fundamento y que todo eso haya conducido a la canonización de Juan Diego por el papa Juan Pablo II.

Por otra parte, el lector ha de comprender que lo que cuenta en las devociones populares no son los datos históricos sino la fe de la gente, su mentalidad. Y esa fe puede conducir a hechos portentosos. Tiene razón el autor Virgilio Elizondo al afirmar en su libro *Galilean Journey* que “*el milagro real no fue la aparición sino lo que sucedió al indio vencido*”, de repente, este indio, representado en Juan Diego, adquiere vida, valor y orgullo. El indio empieza a entender que la nueva religión traída por los españoles puede ser una continuación de la que ellos practicaban y que en este caso concreto tenían ya un ejemplo: la diosa *Tonantzin* que ellos adoraban como la “madre de todos los dioses” es ahora la madre del único y verdadero Dios. (Para una mejor comprensión de este problema léase la introducción a este diccionario).

En la actualidad, México no se entendería sin el fenómeno guadalupano. El 22 de febrero de 2003, el cardenal de México, Norberto Rivera Carrera, llegaría a afirmar en una Carta pastoral: “*Si quitas de nuestra historia a Santa María de Guadalupe, estás hablando de otro país, de otra nación, de otro pueblo, pero no de México, que se ha conformado en torno a Santa María de Guadalupe*”.

Así, todos los 12 de diciembre, la ciudad de México entera se traslada al pie del santuario, desde la mañana hasta la caída de la tarde, formando una muchedumbre revuelta y pintoresca ante la basílica de México, donde se guarda la imagen de la Virgen. Se calcula que llegaran al año unos veinte millones de peregrinos, y el día de la fiesta unos tres millones. Entre todos estos peregrinos encontramos: indios, mestizos, blancos, turistas y curiosos; artistas populares, danzantes con trajes prehispánicos, mariachis; hombres, mujeres y niños; todos se reúnen para bailar y cantar en honor de la Virgen morena. Ese día el pueblo mexicano nos

ofrece la mejor estampa de la vida mexicana, con sus tradiciones y devociones populares (Ver manda).

El papa Pío X proclamó a la Virgen de Guadalupe *Patrona de toda la América Latina*; Pío XI, de *todas las Américas*; Pío XII la llamó *Emperatriz de las Américas*; y Juan XXIII, *La misionera celeste del Nuevo Mundo y la Madre de las Américas*.

Virgen de los Milagros de Caacupé

A finales del siglo XVI un indio guaraní, converso cristiano, perteneciente a la misión de los franciscanos en Tobatí, Paraguay, se encontraba en peligro de muerte por parte de los amabayaes, tribu enemiga que había resistido la conversión al Cristianismo. Se cobijó en la selva al amparo de un grueso tronco, prometiendo a la Virgen tallar una estatua si salía de aquel apuro con vida. Como los enemigos no advirtieron su presencia cortó un trozo del árbol para cumplir su promesa. Y talló una imagen de la Virgen en honor de la Inmaculada Concepción, a quien tenía mucha devoción, y que fue entregada a la iglesia de Tobatí.

En 1603 el lago Tapicúa se desbordó, inundando todo el valle de Pirayú y arrasando con todo lo que encontró a su paso. Cuando las aguas volvieron a su cauce, vieron que, milagrosamente, la estatua de la Virgen se había salvado. Desde ese momento, los pobladores comenzaron a invocarla como la “Virgen de los Milagros”. Un devoto vecino, de nombre José y carpintero de oficio, erigió una modesta ermita donde empezó a recibir culto la Virgen de Caacupé. Hacia el año 1765 se terminó el santuario a ella dedicado, y que existe actualmente, aunque ya ha sido varias veces ampliado y transformado, para acomodar el gran fervor de devotos y peregrinos que a él llegan todos los años. Caacupé es el centro religioso de Paraguay y cada 8 de diciembre se celebra la fiesta de la Virgen de los Milagros.

Virgen de los Treinta y Tres

Se cree que la talla de esta Virgen procede de las misiones que los jesuitas poseían en Paraguay a mediados del siglo XVIII. Estos misioneros conservaban la imagen en la capilla del antiguo pueblo de Pintado, hoy Villa Vieja.

A principios del siglo XIX el pueblo de Pintado construyó una pequeña parroquia, pero su primer párroco, el sacerdote Santiago Figueredo, a consecuencia de la pobreza y aridez del lugar, decidió trasladar la parroquia a lo que hoy es la ciudad de Florida. En este lugar se construyó otra capilla.

El 19 de abril de 1825, treinta y tres *orientales*, patriotas de Uruguay –procedentes de Buenos Aires– desembarcaron en la playa uruguaya de la Agradecida con el fin de liberrar su tierra. Al llegar a Florida se dirigieron en primer lugar a la capilla y ante la imagen de la Virgen ofrecieron el futuro de la nación. El 25 de agosto de ese mismo año se logró la Independencia Nacional. Los *convencionales* del Congreso de Florida firmaron el acta de soberanía en un rancho situado al lado de la capilla de la Virgen; luego volvieron al templo para colocar la Nación bajo la protección de María. Desde ese momento se conoce a esa imagen como “la Virgen de los Treinta y Tres”.

El 25 de agosto de 1975 se celebraron los 150 años de la independencia uruguaya y se declaró a la imagen y al templo, monumento histórico. La “Libertadora de Uruguay” luce desde 1857 una corona de oro y piedras preciosas, regalo de uno de los jefes de los 33, que luego llegaría a ser presidente de la República.

Por gracia del papa Juan XXII se coronó la imagen en 1961 y en 1962 fue proclamada oficialmente Patrona de Uruguay. La fiesta tiene lugar el 2 de noviembre, y al santuario acuden en romería gentes de todos los rincones del país.